

La Ilustración Artística

Año XIV

BARCELONA 14 DE ENERO DE 1895

Núm. 681



¡BUENA COLECTA! cuadro de Antonio Fabres,
vendido en la última Exposición de Munich

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Julián Gayarre. Semblanza*, por El Abate Pirracas. - *Crónica parisiense*, por Juan B. Enseñat. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *La Cabellera de Magdalena* (continuación), novela. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *Los grandes transportes por cables en los Estados Unidos*, por M. de Nansouty. - *Alumbrado eléctrico en los trenes americanos.* - *El compositor Julio Massenet.*
Grabados. - *¡Buena colecta!*, cuadro de Antonio Fabrés. - *El ex rey de Nápoles Francisco II.* - *Entre flores*, cuadro de Manuel de la Rosa. - *Tokio. El pueblo contemplando las láminas que reproducen las victorias de los japoneses.* - *Crónica de París*, tres dibujos de Salvador Azpiazu. - *La guerra chino-japonesa. A bordo de un transporte japonés: Tropas chinas dirigiéndose a Tong-Ku en el único ferrocarril chino*, dos grabados. - *Una hija de Eva*, cuadro de E. Patry. - *Antonio Nebrija*, escultura de S. Vancells. - *Una bacante*, cuadro de Cecilio Plá. - *Estatua del almirante D. Antonio de Oquendo*, obra modelada por Marcial Aguirre. - Figs. 1, 2, 3 y 4. Los grandes transportes por cables en los Estados Unidos, cuatro grabados. - *El eminente compositor Julio Massenet.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

El rey de Nápoles. - Causas perdidas. - Providenciales destinos. - Dinastías reaccionarias. - Los Borbones Farnesios en el trono de Nápoles. - Grandezas hispánicas en Roma. - El Palacio Farnesio. - La Farnesina en el Trastevere. - Francisco de Nápoles en San Pedro. - Las primeras resistencias á conformarse con el destino. - Definitiva conformidad. - Muerte. - Conclusión.

I

Ha muerto un principio más que un hombre, al morir el último rey de Nápoles. Aquella entidad política, llamada monarquía civil enfrente de la Iglesia y absoluta enfrente de los municipios y los estamen-



El ex rey de Nápoles Francisco II

tos, con suma lentitud se fué formando en los tres últimos siglos de la Edad media y con mayor lentitud se ha ido concluyendo á nuestra vista después de imperar tres completos siglos en la Edad moderna. Viven las instituciones que la sociedad aviva, y mueren las instituciones que mata la sociedad. Uno de los principios mejor demostrados por las ciencias naturales contemporáneas, aquel de que no reaparecen las especies desaparecidas en la naturaleza cuando les faltan los medios naturales de vida consonantes con su organismo, se aplica en todo su rigor á la política y en todo su rigor se comprueba. Poned el pensamiento en la edad social propia para las monarquías absolutas, y veréis aparecer una legión de inmortales personas á representarla, Fernando el Católico, Francisco I, Carlos V, Enrique VIII, las Isabeles de Inglaterra y España; poned el pensamiento en esta nuestra edad social impropia de las monarquías absolutas, y veréis que sombras representan el principio muerto, Enrique V, Carlos VII, Francisco de Nápoles, el duque de Cumberland, los infelices y extintos Estuardos. No han reaparecido los descendientes de Jacobo II en el trono de Inglaterra; no han reaparecido los descendientes de Carlos X en el trono de Francia; no han reaparecido los descendientes de D. Carlos en el palacio real de Madrid; no reaparecerán los régulos expulsados de Italia por la dinastía revolucionaria de Saboya, ni los régulos expulsados de Alemania por la dinastía protestante de Brandeburgo: los ha maldecido la Providencia, y no han reemplazado su corona en la frente sellada con un indeleble decreto del Eterno. Cuando entráis en San Pedro de Roma, entre los deslumbramientos producidos por la espléndida luz que rebota en mármoles y bronce y mosaicos, una tumba os atrae, la tumba donde se guardan los restos del último Estuardo, porque oculta y encierra, no un hombre que ha caído en la muerte

obedeciendo á las leyes naturales del universo, una institución histórica que desafiaba las edades y no supo resistir los tremendos golpes del progreso, á cuyo empuje cayó para siempre desplomada en los abismos. Junto á ese gran sepulcro del último rey legítimo de Inglaterra debería ponerse ahora el sepulcro perenne del último rey de Nápoles.

II

¡Cuántas consecuencias los hechos capitales en la sociedad y cómo duran y cómo se desarrollan en la historia! Desde que persiguen los Pontífices en el siglo decimotercio á la casa de Suavia por sus caracteres imperiales, tan opuestos á los caracteres pontificios, y descabezando á Coradino, su postrer vástago, llevan la real casa de Cataluña y Aragón á Sicilia contra el condotiero eclesiástico duque de Anjou y los angerinos, apenas se interrumpen los combates entre Francia y España por una corona que los Pontífices creían joyel de su tiara, defendidos por los franceses, entonces los más devotos y más adictos á la Santa Sede que había en el mundo. Todos los choques entre Francia y España sobre la península itálica se derivan de tal hecho, cuyas consecuencias trascienden á muchos siglos y perturban muchas generaciones. Descenso de Carlos VIII á Italia; luchas del Gran Capitán español Gonzalo de Córdoba con los Bayardos del Renacimiento, que parecían una resurrección de los doce pares carolingios; batallas en los edenes de Pavía y cautiverio de Francisco I en Madrid; saco de Roma por el condestable Borbón en el pontificado de los Médicis y amenazas á Roma por el duque de Alba en el pontificado de los Caraffas; maravilloso imperio de Alfonso V de Aragón en la vieja magna Grecia, parecido á una resurrección de la Hélade por el mar Tirreno; muerte de la República en Florencia y protectorado hispánico sobre la República en Génova; unión de Cerdeña y del histórico Milanesado con España; todos estos hechos concuerdan y se armonizan á una con aquella primera expedición, en que iban los aragoneses mandados por el valeroso Roger de Lauria, bajo la enseña de nuestros mayores y el supremo imperio de Pedro el Grande, requeridos de Prada y los suyos, á salvar Nápoles y Sicilia del feudalismo angerino, implantado é impuesto por la teocracia de Roma en el risueño Mediodía de Italia. Por una de las grandes contradicciones, connaturales al principio hereditario, la corona hispánica de Nápoles recayó en los franceses así que subió Felipe V de Borbón al trono aquí, de igual manera que recayó la corona protestante de Inglaterra en los implacables enemigos de ella cuando Isabel Tudor murió sin sucesión y fué aquel trono para el hijo de la descabezada por los Tudores, el hijo de María Estuardo, Jacobo primero. Bien se conoció que había un rey francés en Felipe V, y una reina pamesana en Isabel Farnesio, ambos extranjeros; y así, desconociendo uno y otro que aquella corona componía parte integrante del Estado español, pues fué debido el que se adquiriera primero y se conservara después bajo nuestro imperio, no sólo al esfuerzo de los españoles, al prestigio y ascendiente nuestros sobre las Dos Sicilias, tratáronla como un patrimonio particular propio, y la cedieron como pudieran ceder un predio al hijo mayor de los dos, al célebre Carlos III, quien arrebató estos dominios, fundando sobre ellos una dinastía, la cual con varias alternativas de revoluciones y de guerras duró sólo un siglo, siendo su representante postrero el desdichado rey que acaba de morir en la proscripción y en el destronamiento.

III

Perdimos en tiempo de Felipe V Nápoles y Gibraltar; Gibraltar por voluntad manifiesta y Nápoles por incuria no menos manifiesta del rey. Según sus relaciones con las dinastías de nuestra España, la casa Farnesio aparece como una casa real española, ó como una de sus más frondosas ramas. Paulo III, que vinculó en un bastardo suyo la corona de tal ducado, no pudiera, no, hacerlo, como no contara con los reyes hispanos y no recibiera su asentimiento. Así el nombre más ilustre de la casa, el general de la segunda mitad del siglo XVI, de aquel siglo tan fecundo en grandes artistas como en grandes capitanes, Alejandro Farnesio, fué un general español, que ilustró su vida bajo nuestras banderas y á nuestro servicio. Así los recuerdos, á que podríamos llamar en Roma recuerdos farnesios, evocan la imagen de nuestra patria, como el Palacio Colonna con sus frescos bellísimos, glorificadores de Lepanto; como el Palacio Doria, donde no sólo se descubre la sombra del grande almirante, que llevó de triunfo en triunfo nuestras galeras, sino uno de los mayores milagros hechos por el pincel de Velázquez; como el aparta-

mento de los Borgias, en cuyos salones Alejandro VI dividió el Nuevo Mundo, recién inventado por nosotros, entre Portugal y España; como el templete de Bramante allá sobre la colina del Fontanone, en que por todas partes campea el recuerdo y la cifra de los Reyes Católicos Fernando é Isabel; como tantas y tantas pruebas de nuestra hermandad con Italia y de nuestro influjo sobre la Ciudad Eterna. Cuando este otoño visitaba yo el Palacio Farnesio, maravillosísima obra de Miguel Angel, y admiraba la magnífica galería en que los Caraccios han depuesto el sello de la decadencia, especialísimo del siglo decimoséptimo italiano, y se han hombrado con aquel coro de los discípulos de Rafael y Buonarroti, que dejaron en las paredes eternas de la ciudad inmortal con un arte nuevo casi una nueva religión, y he visto surgir en la Farnesina sonriendo la Galatea de Rafael, con la mirada en los cielos helénicos y el pecho abierto á las brisas mediterráneas, junto á la Psiquis de Julio Romano, frente al hogar de la Fornarina, y he visto luego la columna trajana con las victorias del gran emperador andaluz allí esculpidas, al par que la célebre quinta de Adriano, donde este nuestro compatriota hizo para las artes y para la filosofía sincréticas, por él profesadas, un grande Panteón semejante al que consagraran sus predecesores á todos los dioses, no he podido menos que admirar la grandeza de nuestra patria, magna entre tantas magnitudes, y la extensión del espíritu español, que ha empapado, como los rayos solares, á todo el planeta en su fecundo y milagroso éter.

IV

Recluído dentro del Palacio Farnesio, pasó el último rey que ocupara nuestro antiguo trono de las Dos Sicilias por el comienzo de su destierro, tan perdurable como su vida misma, bajo la sombra del Estado pontificio, ya resentido por el empuje de los terremotos sociales y con pena sustentándose, según el veto que á toda extensión del reino italiano por allí oponía Napoleón III, quien jamás en esto cedió, ni al momento siquiera de sus trágicas y terribles postrimerías. Yo recuerdo haberlo visto, haber visto al rey destronado, en la Semana Santa del año de nuestra revolución, andando so las altísimas bóvedas de San Pedro como una estatua funeraria en movimiento, sin que por signo ninguno de su persona se conociera la majestad caída, como se conocía en Alejandro II, por ejemplo, aunque fuera de incógnito en los barrios de París la majestad reinante. Muy encogido, muy humilde y modesto, apartado del mundo, como si le pesara que comparasen las alternativas y cambios bruscos en él de la humana suerte; un mérito hay que proclamarle, su conformidad á la postre con el destino reservado á poderes como el suyo por Dios, y la renuncia total á toda restauración y restablecimiento de su perdida corona. Por algún tiempo varias bandas de facciosos, guarecidos por las cordilleras de los Abruzos, hicieron creer en la posibilidad de una restauración para su causa, ó por lo menos de una porfía en la cual se mantuviese perdurable protesta frente á los revolucionarios y á los usurpadores, como habíala sustentado él mismo durante todo un año en Gaeta. La bravura y tenacidad de tales montañeses en armas llegó á interesar en tal manera, que Prudhón, representante del más avanzado socialismo, pudo llamarles en una de sus paradojas habituales únicos patriotas de Italia. En esto no puedo yo alabar al rey de Nápoles. Aquellos que no comprenden cómo están rotas para siempre, ó por demasiado retrógradas ó por demasiado progresivas, ciertas causas, imposibles de toda imposibilidad las primeras é inoportunas ó impertinentes las segundas, y agitan á su patria con aspiraciones políticas inútiles ó con guerras civiles desastrosas y revolucionarias más ó menos sorprendentes, no merecerán jamás el grande lauro que decreta la opinión á los buenos y que á los buenos les confirma siempre la historia. Por fin y postre, á fuerza de rotas ajenas y desengaños propios, Francisco de Nápoles aceptó lo más digno de un vencido y lo más honroso para su nombre, la resignación serena, si bien triste, al decreto incontrastable del destino. Lo mismo Enrique de Francia que Francisco de Nápoles han llevado en los últimos tiempos la sombra de su corona en vida como los simulacros funerarios la llevan sobre sus sepulcros en muerte. Hay cierta grandeza estética y moral en los vencidos que tienta de suyo á las almas grandes y les presta una centelleante aureola de gloria, como la que ciñeron á sus sienes aquellos últimos paganos al sacrificar en los altares de la victoria romana, mientras los bárbaros de Alarico aullaban vencedores sobre la subyugada Roma y la cruz del Salvador salía de las Catacumbas para sustituir á los dioses caídos sobre la cumbre del eterno Capitolio.

Madrid, 4 de enero de 1895.



SEMBLANZA

Ha dicho un escritor que para mantener ese «vapor de sueño» que envuelve en misteriosa vaguedad todo lo que se exterioriza en formas bellas, importa no sujetarlo á las curiosas menudencias del análisis.

Nada tan cierto.

El escarpelo del anatómico es pesimista, desengañado y frío, porque deshace la armonía del conjunto para llegar hasta la pequeñez del detalle, siempre defectuoso é incompleto.

Julio Enciso, en su libro titulado *Memorias de Julián Gayarre*, recuerda la frase, ó mejor diríamos el consejo de Dumas (padre) de que se deben ignorar completamente dos cosas: la edad de las mujeres hermosas y la de los grandes artistas.

Por tales razones no consignamos aquí el día, el mes ni el año en que nació el gran tenor, y prescindimos también de otros pequeños pormenores.

Por otra parte, no intentamos hacer una extensa biografía del incomparable artista.

¡Se han publicado tantas!

¿Quién ignora que á Julián Gayarre le ocuparon desde muy niño las faenas agrícolas?

¿Quién no sabe que en los comienzos de su juventud fué pastor de ovejas?

Nosotros le hemos oído al artista relatar con deleite acariciado por la vanidad y la soberbia los días alegres en que, ajeno de cuidados, vagaba por los empinados riscos de la tierra navarra, en la imponente y majestuosa soledad de la naturaleza, cuidando el rebaño, conduciéndole por las vertientes de mejores pastos, contando las ovejas, recogiendo las descarriadas, avivando á las perezosas, encerrándolas todas en el estrecho redil y haciendo con ellas vida íntima y de familia, según su gracioso decir, y en ocasiones, con ellas agrupándose y confundiendo para calmar así rigores é inclemencias del tiempo.

Al fijarnos en el *amore* con que hacía Gayarre relación de estos hechos, doliéndose de haber perdido para siempre el cayado y el zurrón, nos venían á la memoria las *Coplas* de Jorge Manrique, donde el poeta retrata de manera admirable la descontentadiza naturaleza humana, condenada al eterno martirio de la inconformidad.

É involuntariamente nos decíamos:

¡Cuán presto se va el placer!
¡Cómo después de acordado
da dolor!
¡Cómo á nuestro parecer,
cualquiera tiempo pasado
fué mejor!

* *

De pastor convirtiéndose Gayarre en *hortera*. A Pamplona fué á desempeñar la funciones de mozo de una quincallería.

Algunos biógrafos aseguran que su afición á la música le hizo perder el puesto en el establecimiento citado. Como el hecho que vamos á relatar lo hemos oído de los propios labios del artista, en este punto nos separamos de las distintas versiones conocidas.

Una tarde encontrábase en la tienda el novel dependiente *cansado* de no hacer nada, víctima de la

nostalgia de la aldea; pensaba en la manera de dejar cuanto antes la ocupación, poco varonil, de vender cintas y alfileres. En la ociosidad en que se

hallaba, venciéronle el fastidio y el sueño. De pronto despertáronle los acordes bulliciosos de un animado y vivo paso doble.

Salió á la puerta del establecimiento, y ¡oh felicidad! vió venir un batallón de cazadores. Delante, el cabo de gastadores moviéndose airosamente; detrás, la lucida *escuadra*; después, la *banda* con los cornetillas de caras picarescas y desenfadadas, propias de esa granjería que sienta plaza por no servir para maldita de Dios la cosa; seguidamente la charanga, rodeada por la turba de arrapiezos descamisados, andrajos humanos desperdigados por el arroyo, que son el público de todas las fiestas y el necesario elemento de todo escándalo, y por último, el jefe á caballo, los oficiales y la tropa.

Sin darse de ello cuenta, Julián Gayarre, que veía el desfile, se colocó á la altura de la música. Con el cuerpo erguido, moviendo los brazos con airosa marcialidad siguió á la *fuerza*, que diría un militar, y habría penetrado en el cuartel si la frase *jatrás paisanol*, pronunciada por el centinela, no le hubiera advertido que él no era otra cosa que dependiente de una quincallería.

A ella se volvió precipitadamente, pero era tarde. El dueño, sin andarse con explicaciones, le puso de patitas en la calle, y Julián, viéndose desamparado, se volvió corriendo... á la puerta del cuartel.

No fueron, pues, sólo las aficiones musicales lo que arrastraron al mozo de la quincallería detrás del batallón de cazadores. Influyeron, sobre todo, sus aficiones militares, su amor á nuestro ejército, que tuvo siempre por el más bizarro y *bien plantado* de cuantos había conocido.

* *

Vivir con los brazos cruzados y esperar así el maná, era imposible. Volver al pueblo para apacentar ovejas, valía tanto como declararse vencido en las primeras luchas de la vida, y esto se conformaba poco con el carácter soberbio y rudo de Gayarre.

Buscó ocupación y la obtuvo en una herrería, donde aprendió el oficio pronto y bien. Un compañero de fragua hizo que se apuntara como socio en el Orfeón navarro. Movióle á ello lo bien timbrada que era la voz de su amigo, el cual, acompañándose con el rudo golpear del martillo sobre el yunque, entonaba sus canciones, y no había copla popular que no conociera, siendo las picarescas las que más prodigaba y repetía. Sobre todo, sin haberle enseñado nadie, era una *maravilla, cosa bajada del mismo cielo*, cantando la jota navarra que, por intuición maravillosa, saturaba de una dulce y tierna melancolía.

Por esta época le oyó D. Hilarión Eslava, y pocos meses después, al amparo y protección de tan acreditado maestro, vino á Madrid y obtuvo una plaza de pensionado en el Conservatorio, la cual ganó cantando la romanza *Spirto gentil* de *La Favorita*, que en el apogeo de su vida artística le valiera tantos aplausos.

La revolución de septiembre suprimió su plaza de pensionado, y este accidente de la adversa fortuna le obligó á volver de nuevo á Pamplona. Con los recursos que le produjo un concierto dado por el Orfeón y mil pesetas que le asignó la Diputación provincial, marchó á Italia en 1869 para continuar allí sus estudios.

Fueron éstos tan aprovechados que el año siguiente *debutaba* Julián Gayarre en el teatro Varesse, con la partitura de Verdi *I Lombardi*, logrando *pasar*.

Hizo su segunda aparición en escena con *Elisir d'amore*. En el mismo momento de salir á cantar la romanza del tercer acto

Una furtiva lágrima...

y ya preludiando la orquesta las primeras notas, le

fué entregado un parte telegráfico tan conciso como doloroso. Estaba concebido en estos términos: «Tu pobre madre ha muerto. Resignación.» No había aún empezado á saborear toda la honda amargura de aquella noticia cuando el traspunte le gritaba: ¡Fuera!

Hay quien asegura que Gayarre salió al público enjugándose las lágrimas y que por un momento vaciló ahogado por los sollozos, pero venció la brutalidad del deber.

¿Cómo dijo la letra?

¿Con qué notas tan dulcemente tristes matizó el canto?

¿Qué cantidad de ternura puso al servicio de su propio dolor?

No lo sabemos. El hecho es que el artista alcanzó uno de los éxitos más colosales de su brillantísima carrera. Por esto siempre que lo recordaba Gayarre, y en el seno de la amistad lo refería, terminaba diciendo:

«Mi buena y santa madre me dió á luz dos veces: primero á la vida, después al arte.»

Un crítico italiano dice que *el dolor halló en la voz de Julián Gayarre una amargura sólo comparable á la de sus lágrimas, y hubo notas que fueron verdaderos sollozos de un espíritu acongojado*.

En 1873 le contrató la empresa del teatro *San Fernando* de Sevilla. Ya la buena fama del tenor empezaba á hacerse, y quiso éste dar á su padre el gusto de oírle, para lo cual hizo que desde el Roncal, con su traje de *paleto*, se trasladara á la alegre ciudad, donde, como ha dicho el poeta,

murmura alegres canciones
el manso Guadalquivir.

Cantó *Sonámbula* con la Ortolani y el éxito fué desafortunado. Desde su presentación en escena empezaron á oírse *timos* y cuchufletas de la gente preocupada del paraíso y se manifestó también la indiferencia de los *señoritos* de las butacas.

Al terminar la representación, el padre de Julián, emocionado y casi llorando se fué al cuarto del artista.

«Aquí no te quieren bien, hijo mío. Vámonos,» le dijo.

Gayarre, profundamente contrariado, se limitó á murmurar casi entre dientes: «¡Pobre viejo mío! ¡He sido un imprudente!» En *Ruy Blas*, segunda obra interpretada por aquél, las emociones del padre fueron diametralmente opuestas á las de la primera noche.

Cuando el artista se reunía con *su pobre viejo*, le preguntó: «¿Nos vamos?» Y el infeliz del tío Mariano, todo él orgulloso y satisfecho, le contestó: «Me había equivocado. ¡Vaya si te quieren bien!»

Marchó Gayarre á América del Sur, cantando en Buenos Aires, La Plata y Río Janeiro, alcanzando en aquellos puntos la misma entusiasta acogida y constante aplauso que en Europa.

El 4 de octubre de 1877, después de haber hecho brillantes campañas artísticas en el extranjero y de haber sido *consagrado* como *primo tenore* en la Scala de Milán, se presentó Gayarre al público exigente del teatro Real de Madrid con la ópera *La Favorita*.

¿Para qué hablar del éxito?

El mayor, el más unánime y legítimo de cuantos ha presenciado la gente cortesana.

El entusiasmo desbordándose en sonoras y continuas tempestades de aplausos, y un artista formando con aquellas manifestaciones el seguro pedestal de su inmarcesible gloria.

* *

Julián Gayarre es una personalidad que aún no está bien definida. Sus *íntimos* elogiaban en él *todo* y calificaban de graciosas, cuando no las defendían, sus extravagancias. Los enemigos han querido presentarlo como un tipo ineducado y grosero. Importa, por tanto, determinar su verdadera fisonomía, ó en otros tér-

minos, señalar el verdadero carácter del malogrado artista.

Nosotros nos atreveríamos á intentarlo diciendo que Gayarre era muy español, muy rudo y muy sincero. Como todo aquello que es objeto del aplauso público, tenía una gran dosis de vanidad que fomentaba el cariño entrañable de sus amigos, con los cuales vivía como rey entre señores. Esto, que quizás parezca á alguno invención calumniosa, lo demostró el artista en varios hechos de su vida, que consignaremos antes de concluir este artículo.

El inolvidable tenor resentíase de la aridez propia de lo que no ha estado sujeto á una educación bien atendida y perfectamente cuidada. Él, por naturaleza, resultaba rudo como las hayas de los bosques navarros, seco como los pinos que coronan las sierras del Pirineo, y acostumbrado desde los trece años á luchar con la naturaleza, no logró nunca esa flexibilidad indispensable para las necesarias transacciones de la vida social.

En cambio, ¡qué formalidad la suya! ¡Qué seriedad para los negocios!

La palabra empeñada le obligaba mucho más que todos los documentos públicos.

A menudo decía: «La fe de un escribano no vale más que la mía, que es y ha sido siempre buena.»

Y después de decirlo lo probaba. Jamás firmó escritura con el conde de Michelena. Este le decía: «Empiezas, Julián, el día tantos con tal ópera,» y ya no se sabía más de Gayarre; pero el día señalado, sin aviso previo, se presentaba en el teatro á la hora convenida. No se dió el caso de que faltara una sola vez.

Eso sí; si á las doce del día en que trabajaba no le eran entregadas las 6.000 pesetas, ya podían hacerle protestas, ofrecimientos y dirigirle las súplicas más sentidas. Todó era inútil. Para él no había más argumento convincente, ni mejor influencia, ni ruegos más interesados que... las 6.000 pesetas.

* *

Algún biógrafo ha asegurado que era Gayarre hombre de una INDEPENDENCIA á toda prueba. Para él, dice, *no había grandes ni poderosos*. Por esta razón precisamente no lo tuvimos jamás por modesto, aparte de entender nosotros que lo humano es que quien se veía halagado por la suerte, adulado de todo el mundo, con un nombre que llenaba por completo los ámbitos del arte lírico, se dejara desvanecer por los mareos de la vanidad.

Sin agregar á los hechos comentarios de ninguna clase, vamos á consignar dos pruebas elocuentes que habrán de confirmar nuestros juicios.

En 1875 encontrábase Gayarre en San Petersburgo. Una noche se presentó en el *camerino* del artista un ayudante de campo del zar, el que le hizo saber de orden de S. M. que éste deseaba oírle en un concierto palaciego. El tenor, molestado por lo duro de la forma en que se le hacía la notificación, contestó con marcado desabrimiento:

«No me encuentro bien. Ignoro si podré cumplir la orden del zar.»

Pero advertido éste del motivo que había producido la descortesía del cantante, se apresuró á dirigirle una atenta invitación que fué aceptada.

En Madrid celebrábase brillante fiesta en el palacio de uno de los aristócratas más linajudos. Fué invitado Gayarre y asistió á ella.

Como era de esperar, pronto le hicieron hábiles y discretas indicaciones acerca del gusto con que se le oíría cantar. Las damas aguzaron la imaginación y multiplicaron sus gracias para obtener aquel favor.

Julián Gayarre, contra su costumbre, accedió apenas le fué dirigida la primera súplica.

Uno de los concurrentes se ofreció á acompañarle al piano.

Todo era en la sala expectación y ansiedad; pero ¡oh desgracia imprevista!, el piano estaba cerrado y la llave había desaparecido.

Fué en vano buscarla: los criados, hasta los mismos dueños de la casa renunciaron á la esperanza de encontrarla. Ya iba á ser violentada la cerradura cuando Julián Gayarre dijo:

«Señores, la llave ha sido por mí sustraída y arrojada al jardín. No gusto de cantar más que en el teatro. Ruego á ustedes que me excusen y me perdonen.»

Y el aristócrata y las damas y los señores allí congregados y reunidos *se quedaron con las ganas*, según el vulgar decir.

Pero aún hay más. En su propia casa, cuando algún amigo le pedía que dijera alguna frase, ó recitara un pasaje de determinada obra, la negativa era segura é inútil toda insistencia.

Verdad es que adondequiera que iba Gayarre no le pedían otra cosa sino que cantara, y de haber

accedido á todas las peticiones se habría pasado la casi totalidad del tiempo gorjeando como los ruiseñores.

Por esto, tiene gracia un sucedido originalísimo que vamos á referir.

En una de las temporadas de verano que hizo en San Sebastián, todos los días se le presentaban particulares, amigos, comisiones de sociedades pidiéndole que tomara parte en reuniones, conciertos y funciones benéficas. Julián se negaba buscando para ello toda clase de pretextos.

Un domingo fué con cuatro amigos á pasar el día en Hernani. Ya muy cerca de media noche regresaba de la excursión. Quizás porque nadie se lo pidió *rompió á cantar*.

— ¡Qué bien *suenan* la voz, decía, en el silencio de la noche! ¡Cómo se dilata y qué sonoridad adquiere en esta atmósfera serena y tranquila!

Y cantando, cantando, entró en la población, y cantando á toda voz seguía, cuando una voz destemplada y bronca le dijo:

— ¡A callar! Han dado ya las doce.

Julián Gayarre al ver delante al sereno que con semblante adusto le reconvenía, se fué á él, le dió un abrazo y exclamó regocijado:

— ¡Gracias á Dios! ¡Ya he encontrado uno que me mande callar!

* *

Hemos dicho que era muy español.

Cuatro palabras bastarán para que el convencimiento llegue al ánimo del que nos lea.

Después de los éxitos obtenidos en Roma, un empresario le propuso que se cambiara el nombre.

— Póngame usted el que quiera, le dijo.

— Alteraremos también el apellido, repuso el empresario.

É incontinenti le interrumpió Gayarre gritando:

— ¡No!

— ¡Serás italiano, hombre! insistió el especulador.

Y Julián repuso:

— No acepto el cambio, porque voy perdiendo.

Cuando nos refería este hecho en Alhama de Aragón, se indignaba y nos decía:

— ¡Cambiar yo de apellido!.. ¡Perder mi patria y mis padres!.. ¡Qué locura!

Porque el artista era delicadísimo en sus sentimientos, pero tenía la delicadeza muy escondida y en lo más hondo.

* *

En abril de 1886 debutó en el teatro de la Opera, de París, con *La Africana*, con un solo ensayo al piano. Después de la romanza del cuarto acto, el venerado artista Duprez, con las lágrimas en los ojos, exclamaba lleno de entusiasmo: «¡Es el primer tenor del mundo!»

Nueve representaciones de Gayarre produjeron á la empresa 200.000 francos; *recette* desconocida en el teatro de la Opera, y por eso sin duda se le designaba como el tenor *máximo*.

Hay que consignar, antes de poner término á este artículo, una fecha: la del 8 de diciembre de 1889.

Había terminado el dúo del acto primero de *El pescador de perlas*. Comenzó la romanza. Sus notas dulces y suaves, como el beso de un niño, llenaban el ambiente de la espaciosa sala del teatro Real de Madrid. El silencio era religioso.

El público saboreaba con delectación la sentida endecha de Nadir. La orquesta, como eco perdido que viene desde muy lejos, la acompañaba amorosa.

Al emitir el tenor una nota aguda, de esas que, según una frase del reputado y peritísimo Antonio Peña y Goñi, entraban como una caricia por el oído y caían como un bálsamo en el corazón, cesó de repente la voz, como si algo violento la hubiese truncado, produciendo un extraño sonido, el de «una cuerda que se rompe y salta hecha pedazos.»

La consternación fué general.

Gayarre había sufrido algún accidente que el público no se explicaba, pero que todo el mundo calificaba de grave.

Corrieron mil noticias, hicieron infinitos comentarios, y una melancolía grande, profunda, muy honda, se apoderó de los espectadores y se asomó á todos los semblantes. Pero continuó la representación, llegaron á los palcos, á las butacas y al paraíso nuevas tranquilizadoras, y la calma vino á restablecerse.

Es más: el tenor, en el último acto, cantaría la interrumpida romanza. Y así fué.

Cuando volvieron á sonar las notas purísimas de la romanza, y la melodía quejumbrosa y doliente iba desarrollándose gradual y perezosa, y el tenor la interpretaba con voz de ángel y acento de una dulzura infinita, la esperanza, que parece formada con las alegrías del amanecer, inundó todos los corazones.

Pero faltaba la nota comprometida, la que había saltado hecha pedazos.

Llegó y... volvió á estallar.

El artista levantó los ojos al cielo, como si le dirigiera una amarga interrogación; dejó después caer la cabeza sobre el pecho y murmuró con voz fatídica:

— ¡Esto se acabó!

Y como dice bien el crítico musical antes citado:

«Se acabó, en efecto; se acabó entonces y se acabó para siempre.»

Todos los escritores que han dedicado artículos necrológicos á Julián Gayarre citan como fecha dolorosísima la del 2 de enero de 1890, en que murió el hombre. Peña y Goñi es el único que ha consagrado la del 8 de diciembre de 1889, en que murió el artista.

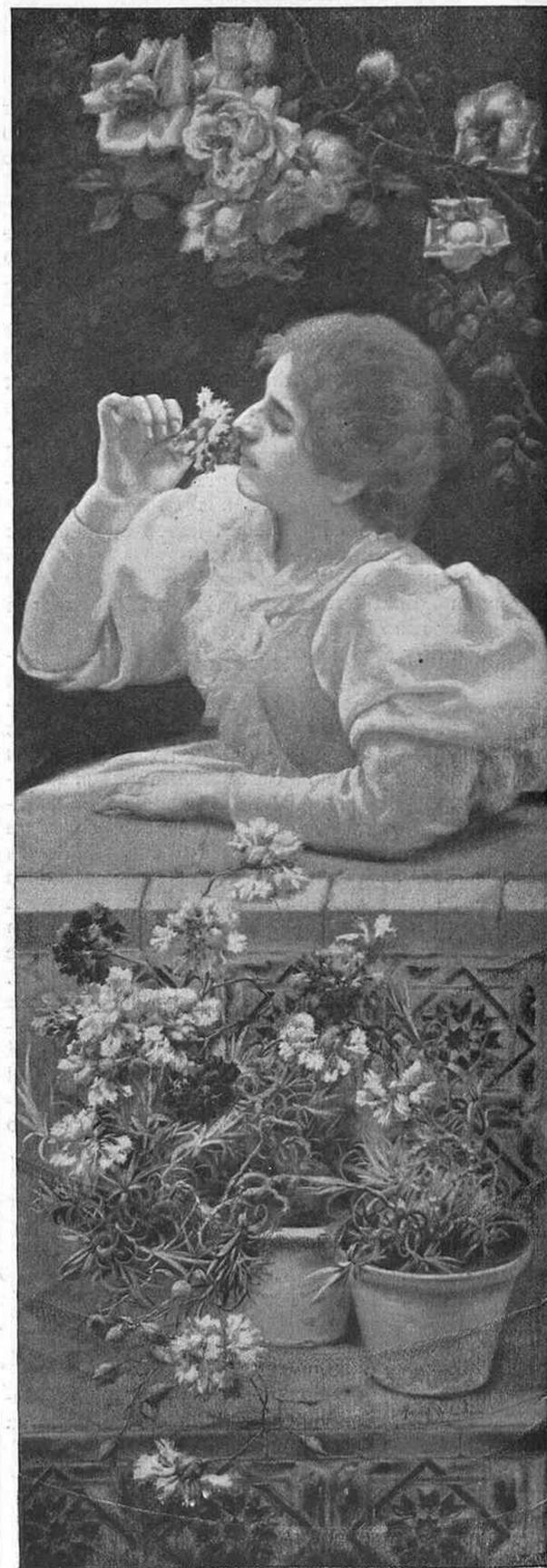
En esta última fué herido de muerte el más grande de los artistas líricos por *la nota fatal*.

* *

No queremos hacer apreciaciones críticas acerca de Gayarre. Para nosotros nadie ha cantado como él las romanzas. Era un artista *subjetivo* sin término de comparación. Inimitable en el canto *pianatto*, pero...

¿Pero á qué decir más? Nuestro juicio, si lo formulamos, llega muy tarde, y nuestros aplausos, si se los dedicáramos, tendrían que detenerse irresolutos y tímidos ante la fría losa de un sepulcro.

EL ABATE PIRACAS



ENTRE FLORES, cuadro de Manuel de la Rosa, adquirido por D. Julián Gutiérrez (de fotografía de Leopoldo Casñol).



TOKÍO. - El pueblo contemplando las láminas que reproducen las victorias de los japoneses

ofertado/EL 35



París. — El boulevard en un día de lluvia, dibujo de S. Azpiazu

CRÓNICA PARISIENSE

Del mismo modo que París es la cabeza de Francia, el boulevard es la quinta esencia de París. Y no hay más que un boulevard en el mundo. Las grandes vías que llevan este nombre en otras ciudades, podrán ser calles hermosísimas con soberbios edificios, lujosos cafés y magníficas tiendas; podrán ser paseos deliciosos, donde una sociedad distinguida exhiba su elegancia y su lujo; podrán ser todo lo que se quiera, menos el boulevard; porque nada es comparable con esa arteria central de París que se extiende desde la Magdalena hasta la Bastilla y por la cual circulan en ebullición universales elementos de vida.

Otras capitales europeas han querido imitar los boulevards de París. Bruselas, que ya tenía un Sena, abrió en su centro anchurosas calles llamándolas boulevard du Midi, boulevard de la Senne, boulevard Anspach, boulevard du Nord; todas hermosas, magníficas, pero sin pasar de ser una imitación.

El municipio de Viena, cansado, sin duda, de oír hablar con envidia de esas vías deliciosas a los burgueses del Graben, trazó el inmenso semicírculo que se abre en el Stuben-Ring y se cierra en el Schotten-Ring. Son boulevards soberbios, pero no son el boulevard.

Puede imitarse las aceras, las casas, los comercios de los boulevards parisienses; pero la atmósfera refinada que en éstos se respira, pero la llama sutil que arde y abrasa a los espíritus, no se imitan.

Un boulevard sin París, y sobre todo sin los parisienses que le dan carácter propio, es un marco sin cuadro. El boulevard no se concibe sin el boulevardier, ese producto de una civilización en el apogeo de la agudeza, avanzada hasta la corrupción, acomodada a las salsas más exquisitas, para satisfacción de los paladares estragados por el abuso de manjares excitantes, del ajeno, del champagne y del cognac; quemados por un fuego infernal donde los espíritus se templan como flexibles y mortíferos aceros.

Se ha vulgarizado la palabra boulevard aplicándola a toda clase de anchas vías, sin tenerse en cuenta su significación etimológica. Ni el boulevard Sebastopol, ni el boulevard Haussmann, ni el boulevard Malesherbes, con ser magníficos, son el boulevard. Este es particularmente el espacio que se extiende desde la Magda-

lena hasta el Gymnase, y para muchos, en rigor, no comprende más que desde la Maison Dorée hasta el café Brébant, como si el meollo de la gran ciudad se encontrase en los cafés de Suecia y de Madrid, de la Porte Montmartre y de Variedades, en los pasajes de Jouffroy y de los Panoramas, en las cervecerías de Zimmer y de Pousset.

Este es el centro moral de la patria francesa. El restaurant Bignon, el café Inglés, el Grand Hotel son ya los confines de Europa. Y los Campos Elíseos, la plaza de la Estrella y el Bosque de Bolonia pertenecen al mundo entero.

El boulevard es propiedad del boulevardier, quien de buena gana expulsaría de sus dominios a todo el que no forma parte de su sociedad, como echamos fuera de nuestra casa a un intruso impertinente.

Los días de fiesta el boulevardier huye de su centro de vida habitual por no verlo invadido por los domingueros cursis, y en verano emigra a las playas de Normandía y Bretaña porque allí encuentra sucursales del boulevard.

Bajo apariencias de emancipación absoluta, es el más rutinario y el más esclavo de los hombres. Por nada del mundo dejaría de exhibirse al menos dos veces por día en sus dominios: de cuatro a seis de la tarde y de once a una de la noche. No puede faltar a ningún estreno de Variedades, del Gymnase ó del Vaudeville. Está condenado a ir a applaudir todas las noches a Sarah Bernhardt, a la Réjane ó a la Judic; a dejarse ver los martes en la Comedia Francesa; a jugar en las carreras de caballos de Longchamp, de Auteuil y de Chantilly, y a cenar en las tabernas aristocráticas, aunque padezca del estómago.

No todos los boulevardiers pertenecen a la misma categoría. Entre los de la Maison Dorée y los del café de Madrid, la diferencia es grande. Pero todos tienen afinidades comunes. Unos y otros acuden a husmear ideas nuevas, a saborear el escándalo del día, a desacreditar de antemano la comedia que se va a estrenar, a hacer frases, a quitar el pellejo a los autores en boga y la honra a nuestras damas que aún no han acabado de caer; a predecir el día antes lo que el vulgo no sabrá hasta el día después; a posesionarse de la actualidad febril, voluble y fugitiva, sorprendida en germen, antes de que florezca en admiración ó en escándalo. Coge al vuelo lo impalpable; mezcla los asuntos de bastidores con los de la política y el Arte con la Bolsa; resuelve ex cathedra los problemas más insolubles, y habla de las mujeres en lengua del turf, como si fuesen una variedad de la raza hípica.

Es un ser hastiado, paradójico y frío, para quien la candidez es el más denigrante de los defectos.

Hace a cada paso profesión de escepticismo y alarde de indiferencia. Hunde para siempre a un escritor bajo cualquier apodo ridículo, y a un hombre de Estado con un equívoco insidioso. Desdeña la escena por los bastidores, y cuenta en estilo de opereta bufa los dramas que arrastra en su ruidosa corriente la vida parisiense.

En el boulevard la vida no empieza hasta el mediodía y no concluye hasta las dos de la madrugada. Fuera de estas horas es un barrio como otro cualquiera; más lúgubre que ningún otro cuando teatros, cafés y restaurants han evacuado su parroquia. Al amanecer se le puede comparar con una noctámbula enferma que acaba de despojarse de su traje de baile de máscaras.

El boulevard tiene sus horas: la del aperitivo, la del café con achicorias, la del paseo y la de la cena, durante las cuales no queda un puesto vacío en los cafés. Y a la animación que ofrecen estos establecimientos y al bullicio que reina en las aceras, por las cuales la circulación es muy difícil a las primeras horas de la noche por la aglomeración de transeúntes y vendedores de baratijas y periódicos, hay que añadir el asombroso movimiento de carruajes que desde las diez de la mañana hasta la terminación de los espectáculos dan al centro del boulevard el aspecto de un carousel descomunal, interminable y vertiginoso.

Por cima del fiacre, que ha traído el reinado de la igualdad entre los viajeros en coche; por cima de la discreta berlina, vehículo de ilusiones y dichas, cuando no de preocupaciones y amarguras; por cima del insolente landau, que exhibe recién desposadas como para pregonar que dentro de una hora serán desceñidas por hombruna mano las virginales vestiduras y deshojadas las coronas de azahar, emblemas de pureza; por cima de todo se destaca el ómnibus, casa ambulante de dos pisos, cuyos inquilinos suben y bajan, entran y salen y se renuevan a cada instante.

En dos de los dibujos de Azpiazu que acompañan esta crónica, el ómnibus aparece como importantísimo detalle del cuadro; y es que constituye una de las notas más culminantes del boulevard.

Tiene muchos atractivos viajar en estos grandes carruajes públicos, a condición de no llevar mucha prisa. El ómnibus ofrece variado campo de observación; es una mina inagotable de estudio de costumbres populares. En primer lugar se presentan a nues-

trada hasta el Gymnase, y para muchos, en rigor, no comprende más que desde la Maison Dorée hasta el café Brébant, como si el meollo de la gran ciudad se encontrase en los cafés de Suecia y de Madrid, de la Porte Montmartre y de Variedades, en los pasajes de Jouffroy y de los Panoramas, en las cervecerías de Zimmer y de Pousset.

Este es el centro moral de la patria francesa. El restaurant Bignon, el café Inglés, el Grand Hotel son ya los confines de Europa. Y los Campos Elíseos, la plaza de la Estrella y el Bosque de Bolonia pertenecen al mundo entero.

El boulevard es propiedad del boulevardier, quien de buena gana expulsaría de sus dominios a todo el que no forma parte de su sociedad, como echamos fuera de nuestra casa a un intruso impertinente.

Los días de fiesta el boulevardier huye de su centro de vida habitual por no verlo invadido por los domingueros cursis, y en verano emigra a las playas de Normandía y Bretaña porque allí encuentra sucursales del boulevard.

Bajo apariencias de emancipación absoluta, es el más rutinario y el más esclavo de los hombres. Por nada del mundo dejaría de exhibirse al menos dos veces por día en sus dominios: de cuatro a seis de la tarde y de once a una de la noche. No puede faltar a ningún estreno de Variedades, del Gymnase ó del Vaudeville. Está condenado a ir a aplaudir todas las noches a Sarah Bernhardt, a la Réjane ó a la Judic; a dejarse ver los martes en la Comedia Francesa; a jugar en las carreras de caballos de Longchamp, de Auteuil y de Chantilly, y a cenar en las tabernas aristocráticas, aunque padezca del estómago.

No todos los boulevardiers pertenecen a la misma categoría. Entre los de la Maison Dorée y los del café de Madrid, la diferencia es grande. Pero todos tienen afinidades comunes. Unos y otros acuden a husmear ideas nuevas, a saborear el escándalo del día, a desacreditar de antemano la comedia que se va a estrenar, a hacer frases, a quitar el pellejo a los autores en boga y la honra a nuestras damas que aún no han acabado de caer; a predecir el día antes lo que el vulgo no sabrá hasta el día después; a posesionarse de la actualidad febril, voluble y fugitiva, sorprendida en germen, antes de que florezca en admiración ó en escándalo. Coge al vuelo lo impalpable; mezcla los asuntos de bastidores con los de la política y el Arte con la Bolsa; resuelve ex cathedra los problemas más insolubles, y habla de las mujeres en lengua del turf, como si fuesen una variedad de la raza hípica.



París. — Estación de ómnibus en la Magdalena, dibujo de Salvador Azpiazu



Paris. - El boulevard. Regreso de las carreras de caballos, dibujo de Salvador Azpiazu

tra consideración el conductor y el cochero. Éste no tiene nada de común con el de *fiacre*, escéptico, burlón, irascible, insolente, agresivo; por el contrario, es tranquilo, indiferente, casi melancólico. La costumbre de recorrer veinte veces al día el mismo trayecto, con los mismos caballos, sin comunicarse jamás con los viajeros, sin hablar con nadie una palabra, le convierte en una especie de autómatas, del cual tira el conductor por medio de una cuerda para hacer parar ó poner en movimiento el pesado vehículo. Vedle encaramado en su alto asiento, como ensimismado bajo su sombrero de hule, inmóvil y taciturno. Su posición es tan sólida como elevada; la Compañía le tiene asegurada una vejez tranquila, y el autómatas cuenta tal vez cien veces al día los que le faltan para el retiro, sin que se le aparezca jamás el fantasma de la miseria, que muchos hijos del trabajo divisan en el negro horizonte de sus postrimeros años.

¡Cuán diferente es el conductor! Su existencia parece más penosa, pero tiene sus compensaciones, pues le distraen los transeúntes que se empuercan en el lodo que el Municipio manda limpiar raras veces, fuera de las épocas de Exposición; las matronas sofocadas que corren haciéndole señas de que pare; las hermosas mujeres que aceptan su apoyo para subir ó bajar del coche; las conversaciones de los viajeros; las operaciones de cobro y cambio de moneda. La clase ofrece variedad: hay el conductor joven, ágil, decidido y alegre; el conductor maduro y cansado; el hurraño y taciturno; el bonachón, el malhumorado, el dicharachero... El carácter de cada uno se conoce hasta en la manera de hacer parar el ómnibus y anunciar las estaciones, y aun en los grados de inclinación de su gorra.

¿Y qué diremos del interior del ómnibus? Es un microcosmos donde el moralista puede estudiar todas las variedades de temperamento y carácter de la humana especie. El egoísta se revela en la manera de instalarse abriendo las piernas; el fatuo hace el pavo real poniendo en evidencia sus sortijas, su bastón, sus bigotes y su calzado; el cascarrabias se queja de que no tiene sitio bastante para sentarse y arma camorra á los vecinos que le aprietan y al conductor

que ha tardado en hacer parar el coche; el expansivo y locuaz aprovecha todas las circunstancias para entablar conversación, y si los benévolo le responden con afabilidad, los taciturnos le contestan con gruñidos inarticulados y los insociables con un silencio absoluto.

En días de gran premio en las carreras de caballos, los *boulevards* y las avenidas de los Campos Elíseos y del Bosque de Bolonia ofrecen la misma animación que la calle de Alcalá, las tardes de toros, en Madrid.

No se habla de otra cosa que del espectáculo del día; todo el mundo dirige al cielo ansiosas miradas; la más pequeña nube causa viva inquietud; cuatro gotas de lluvia arrancan maldiciones sin cuento. El sol es el *desideratum* supremo de los aficionados... El sol y un vehículo en que trasladarse al hipódromo.

Para los cocheros es día de gloria y de venganza. Todo aspirante á un *fiacre* recibe del auriga un gesto de compasión ó una sonrisa desdeñosa, si no lleva impresa en una fisonomía simpática la promesa de una propina excepcional.

Desde la una miles de carruajes empiezan á dirigirse á las carreras, y miles de curiosos ven desfilar trenes magníficos, mujeres encantadoras y elegantísimos trajes cortados por los patronos de la última moda, tirana de las mujeres y ruina de los hombres.

La vida del *sport*, particularmente del hípico, es aquí tan curiosa é importante que constituye uno de los aspectos más característicos de las costumbres parisienses.

Poco antes de las dos el público se agolpa á las puertas del hipódromo. Los hombres llegan preocupados por las apuestas. Las mujeres estrenan el vestido de la semana y ostentan sus más ricas joyas. Saltan del coche haciendo crujir el estribo bajo su pie diminuto y arqueado; recógense el vestido con un arte lleno de tentaciones, y se dirigen á las tribunas entre efluvios de amor, dejando una embriagadora estela de perfumes y deseos.

Las aventureras más célebres, las reinas del mundo elegante, las estrellas del arte teatral aparecen ro-

deadas de flamantes satélites. Agrupadas al pie de las tribunas, cortan sayos á las amigas ó acechan á sus rivales, templando los labios al incienso que las envuelve. En muchos casos su lenguaje es algo verde, pues hay pocas duquesas en tales corros; pero son divinas las pecadoras de aquella corte del amor libre. Eligen, entre sus cortosanos, el *sportmann* de cuyo brazo desean pasearse *sin desmerecer*. Quieren ver los caballos, y sus galanes explican, en lenguaje de cuadra, las habilidades y condiciones de los *favoritos*. Se critica y se admira; de todas partes brotan digresiones para las bellas curiosas, y no siempre es fácil adivinar si las cotizaciones que se discuten se aplican á los caballos ó á ellas.

Llega el momento solemne; los *jockeys* pasan de la báscula á la silla. A guisa de ensayo, los caballos galopan un momento por la pista. El cuadro es hermoso. El público llena el campo y las tribunas. La emoción es grande; la impaciencia, general.

Las mujeres apuestan, ó mejor dicho, hacen apostar en su nombre. La fiebre del juego concluye por dominarlas.

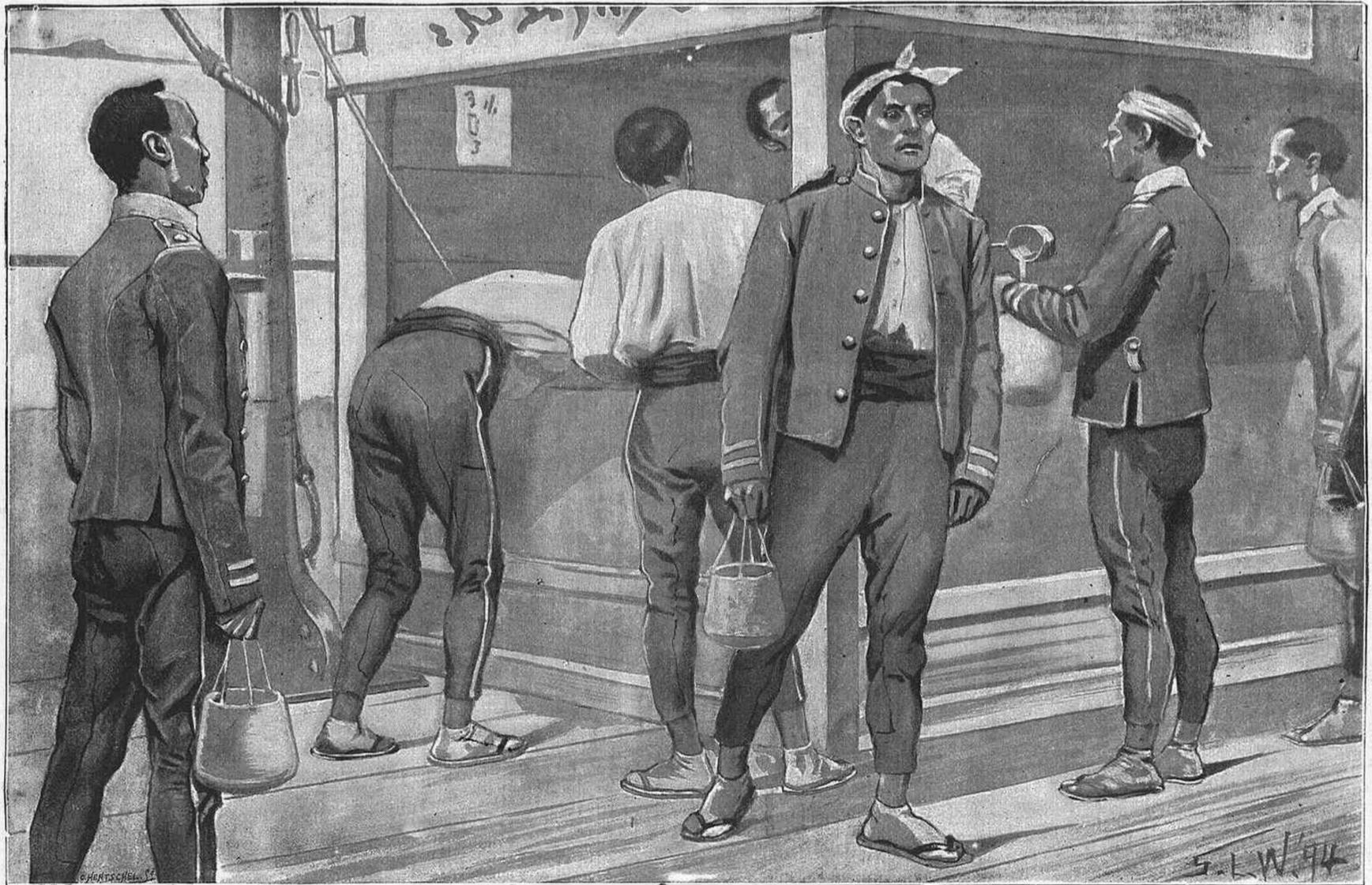
De pronto aparece el pelotón á escape, haciendo retemblar el suelo. Dan la vuelta, y con ellos galopan los corazones. Ya vuelven. *Gladiador* va delante... ¿Ganará él? ¡Ah! *Veloz* lo alcanza... y le toma la delantera. ¡*Veloz, Veloz!*, gritan diez mil voces. Pero no; *Gladiador* se adelanta á sus competidores y gana al fin.

Un ¡hurra! inmenso llena el hipódromo. Las mujeres que apostaron por *Gladiador* van á cobrar sus beneficios. Las que apostaron por *Veloz* confían á algún amigo complaciente el cuidado de liquidar la pérdida.

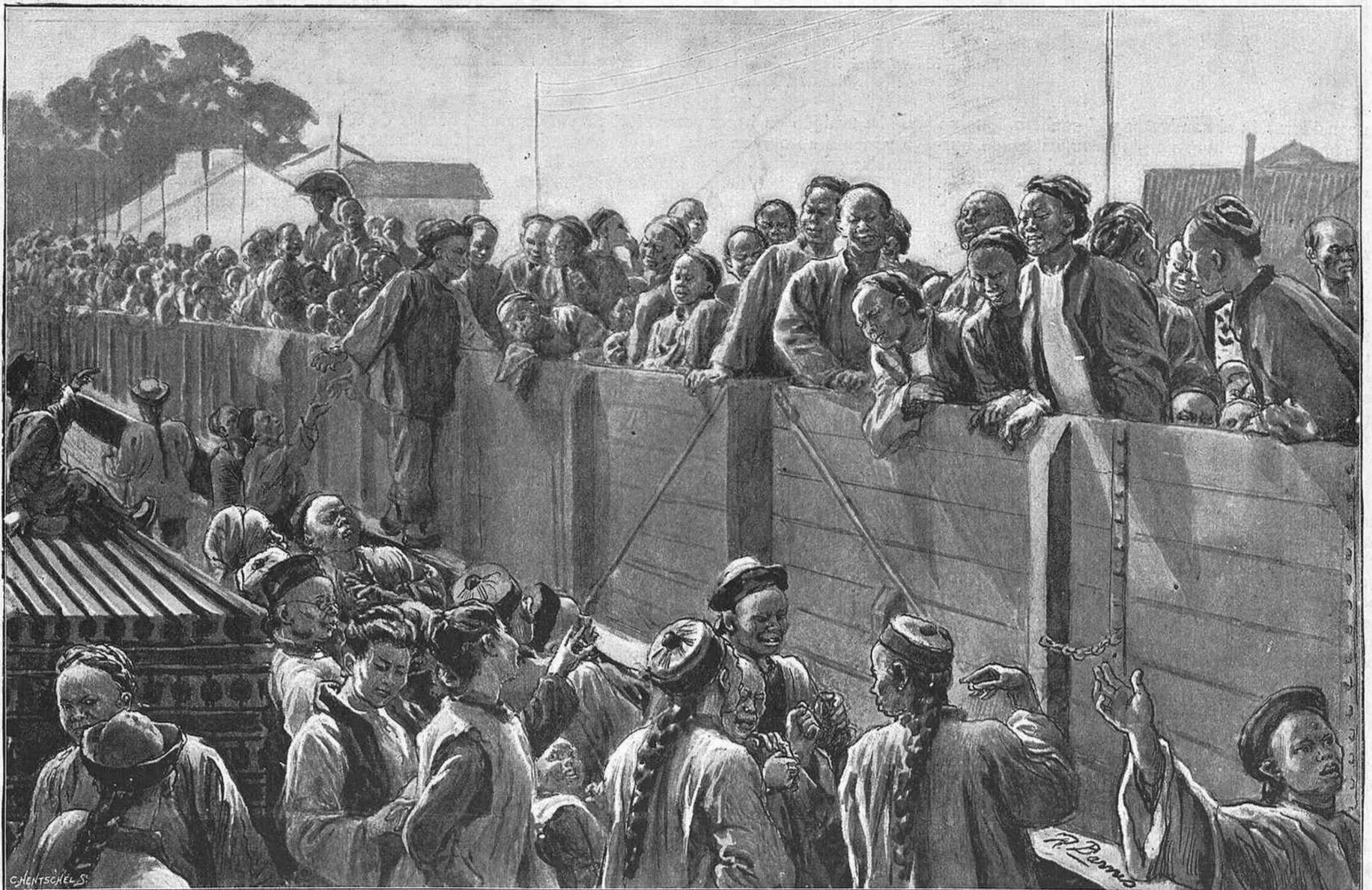
La misma escena se reproduce á cada premio. Del regreso da exacta idea el dibujo de mi compañero Azpiazu, que nuestros lectores pueden ver en este número.

La fiesta, para muchos y particularmente para los gananciosos, concluye en el club ó en los gabinetes reservados de los *restaurants*, donde se come y se ama.

JUAN B. ENSEÑAT



La guerra chino-japonesa. - A bordo de un transporte japonés



La guerra chino-japonesa. - Tropas chinas dirigiéndose á Tong-Ku en el único ferrocarril chino



UNA HIJA DE EVA, cuadro de E. Patry, expuesto en la Real Academia de Londres (1894)

NUESTROS GRABADOS

¡Buena colecta! cuadro de Antonio Fabrés. — Pocos artistas poseen el talento de dar interés á los asuntos más sencillos como nuestro querido colaborador Antonio Fabrés; po-



ANTONIO NEBRIJA, escultura de S. Vancells

cos conocen como él los secretos del arte que con tanto éxito como entusiasmo cultiva, gracias á los cuales sus composiciones tienen un encanto especial merced á las nuevas bellezas que, cuanto más se las mira, en ellas se encuentran. En sus cuadros nada hay por acabar; los más pequeños detalles son atendidos con minuciosidad suma, sin que por ello incurra en vulgares nimiedades, y por virtud de esa perfección que en cada uno de los elementos se admira, el conjunto aparece armónico sin ninguna de esas deficiencias ó de esos descuidos que tan frecuentes son en pintura. Repásese la colección de obras de Fabrés que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se han publicado y se verá cuán exacto es lo que decimos; y si no se quiere buscar en el pasado la razón de nuestro aserto, basta fijarse en el cuadro que hoy reproducimos para ver que no pecan de exagerados nuestros elogios. ¡Buena colecta! figuró en la última Exposición internacional de Munich y con otros del mismo autor fué vendido venturosamente.

Entre flores, cuadro de Manuel de la Rosa. — Entre los varios lienzos que justamente llamaban la atención en la Exposición celebrada durante el verano último en Cádiz, figuraba el que reproducimos y que fué premiado en aquel certamen. Es una composición llena de poesía y admirablemente ejecutada: así el hermoso busto de la joven que aspira los perfumes del clavel como las flores que á su alrededor crecen desbordándose de las macetas ó poblando el frondoso arbusto, revelan la mano de un artista inteligente, profundo observador del natural, que ha derramado en su cuadro el color y la luz de que tan pródiga se muestra la encantadora tierra andaluza.

La guerra chino-japonesa. — Continuando la serie de grabados referentes á la lucha que sostienen los dos grandes imperios de Oriente, publicamos en el presente número tres que estimamos interesantes, porque indirectamente puede venirse por ellos en conocimiento del modo de ser de cada una de las potencias beligerantes. Uno representa el pueblo de Tokio contemplando las láminas expuestas en una tienda, que reproducen las victorias de los japoneses: el contento que en todos esos rostros se advierte revela gran entusiasmo, que es uno de los principales elementos de éxito en esas grandes contiendas entre los pueblos y que contrasta con la indiferencia con que los chinos, según escriben los corresponsales europeos, acogen las noticias de los desastres de sus ejércitos. Las otras dos ofrecen también un curioso contraste en materia de transportes de tropas: el detalle del barco japonés da idea del orden que en la administración militar japonesa reina y la disciplina de los soldados del Mikado; en cambio el convoy de tropas chinas que son enviadas á Tong-Ku en el único ferrocarril del imperio y en condiciones inferiores á las en que en otros países se transportan las peores mercancías, es prueba de un atraso y de una desorganización que necesariamente hablan de producir los descalabros que está sufriendo aquel pobre pueblo á quien sus gobernantes tienen sumido en la más punible ignorancia y privado de todas las conquistas del progreso.

Una hija de Eva, cuadro de E. Patry. — Con decir que este cuadro llamó la atención en la última exposición de la Real Academia de Londres, donde, como es sabido, envían sus mejores obras los primeros artistas del Reino Unido, queda hecho su mejor elogio. El éxito conseguido por el autor de este lienzo se comprende perfectamente, pues la bellísima figura en él representada está hecha de mano maestra, y tiene primores de ejecución y delicadezas de tonos y líneas que saltan á la vista del menos entendido observador, no menos que la expresión que tanta vida comunica á la hermosa *Hija de Eva*.

Antonio Nebrija, escultura de S. Vancells. — La estatua del insigne gramático D. Antonio Nebrija, que reproducimos, ha sido recientemente colocada en la escalinata monumental del Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales, ha poco terminado en la coronada villa. Su colocación junto á las de San Isidoro, Cervantes, Lope de Vega y otros varones ilustres, gloria de las patrias letras, significa un señaladísimo triunfo para el joven escultor catalán Sr. Vancells, puesto que lo ha sido en virtud del premio obtenido en el público concurso convocado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, en quien delegó el gobierno la misión de juzgar las obras presentadas. Entonces ocupóse, con la extensión que merecía, de la obra y del artista nuestro compañero el Sr. Balsa de la Vega en sus *Crónicas de arte*, por cuyo motivo hemos de limitarnos á consignar una vez más el acierto del Sr. Vancells, por haber sabido imprimir á su obra el carácter distintivo del que fué entusiasta cuanto afortunado colaborador del eminente cardenal Cisneros en su monumental *Biblia Poliglota*. Reciba el artista nuestra calurosa felicitación unida al deseo de que pueda producir obras de igual importancia, seguros de que alcanzará honra y provecho.

Una bacante, cuadro de Cecilio Plá. — La circunstancia de habernos ocupado varias veces de los méritos y aptitudes de este ya distinguido artista, relévanos hoy de consignar nuevas apreciaciones acerca de las cualidades que enaltecen al pintor Sr. Plá, á las que debe, así como á su laboriosidad, la ventajosa reputación de que goza en el mundo del arte.



UNA BACANTE, cuadro de Cecilio Plá

Hemos de limitarnos, pues, á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la graciosa figura que ha servido al artista para producir un hermoso cuadro de caballete, adquirido recientemente por la infanta doña Isabel.

Estatua del almirante D. Antonio de Oquendo, modelada por Marcial Aguirre. — La estatua que reproducimos corona el monumento que con gran solemnidad y con asistencia de SS. MM. y Altezas se inauguró el día 12 de septiembre último en la Zurriola de San Sebastián, frente á la casa en donde nació el gran almirante que ha merecido de la posteridad el dictado de *Héroe cántabro*. El monumento, cuya primera piedra se puso el día 5 de septiembre de 1887, mide en junto 15 metros de altura; su pedestal es de mármoles y está adornado con dos lápidas que ostentan inscripciones en castellano y en vascuence, dos estatuas en mármol blanco simbolizando la Guerra y la Marina, ocho relieves, los escudos de España, Guipúzcoa, San Sebastián y Oquendo, corona, mascarones y otros accesorios, todo de bronce. La estatua mide 3'50 metros y hasta la punta de la bandera 4'80. El monumento y todos sus detalles han sido proyectados y modelados por el escultor guipuzcoano D. Marcial Aguirre, que si en la figura del almirante ha sabido interpretar con gran maestría la personalidad del ilustre marino, en los accesorios se ha mostrado co-

necedor perfecto de los recursos de ornamentación monumental. La estatua, los relieves, escudos y otros adornos del pedestal han sido fundidos en los talleres de D. Federico Masriera, de esta ciudad.

MISCELÁNEA

Teatros. — En el teatro que en su castillo de Totis tiene el conde de Esterhazy se ha estrenado con muy buen éxito la ópera de Frotzler titulada *Arnelda*, que fué premiada en la exposición de Chicago.

París. — Se han estrenado con excelente éxito: en el Palais Royal *Les ricochets de l'amour*, gracioso vaudeville en tres actos de Hennequin y Valabregue, lleno de quidproquós y de situaciones cómicas; en el Odeón una linda comedia en un acto y en verso, de Luis Legendre, titulada *Al home!*; en el teatro de l'Oeuvre un drama en tres actos, *Padre*, del sueco Augusto Strindberg, muy bien traducida por Jorge Loiseau, en el cual se trata del problema del matrimonio y de la paternidad, y que, si bien con algunas inverosimilitudes en el carácter de los personajes y en ciertas situaciones, es notable por su forma literaria y por la sobriedad enérgica, vigorosa y en muchos puntos poética de la expresión escénica; en la Comedia Francesa, con ocasión del aniversario de la muerte de Racine, *Une separation*, bonita comedia en un acto de Jorge Bertal, en la que con estilo fácil y en armoniosos versos se refiere un episodio de los amores de aquel gran poeta con la Champmeslé; y en el Ambigu, *Les Ruffians de Paris*, interesante drama en seis actos y nueve cuadros, de Mauricio Drack.

Londres. — Se ha estrenado en el teatro Savoy con buen éxito *The Chieftain* (El caudillo), opereta de Burnand y Arturo Sullivan, que es una refundición de *El contrabandista*, escrita hace muchos años por este último en diez y seis días para ser representada en una casa particular. El libro de la opereta refundida es muy gracioso, y la música es inspiradísima y contiene muchos números dignos de una ópera cómica.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Te, chocolate y café*, gracioso juguete en un acto de D. Angel Sala, hijo del aplaudido actor Sr. Sala Julián, que trabaja en ese teatro, y en el Liceo *Die Puppenfee* (El hada de las muñecas), bonito baile de espectáculo en un acto con linda música de Bayer, que ha sido presentado con gran lujo.

Necrología. — Han fallecido: D. Manuel Pavia y Rodríguez de Albuquerque, capitán general del ejército español, senador vitalicio, y condecorado por méritos de guerra y servicios excepcionales con varias grandes cruces, entre ellas la de San Fernando, pensionada con diez mil pesetas. Alejandro Zellner, reputado músico y compositor austriaco. Aquiles Koetchet, notable pintor suizo muy conocido y estimado en París.



ESTATUA DEL ALMIRANTE D. ANTONIO DE OQUENDO, que corona el monumento erigido en la Zurriola de San Sebastián. Obra modelada por Marcial Aguirre, y fundida en los talleres de D. Federico Masriera, de Barcelona.



Jacobita se arrodilló ante el altar de la Santísima Virgen y rezó el rosario

LA CABELLERA DE MAGDALENA

NOVELA ORIGINAL DE JUAN RAMEAU. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

— ¡Ah, Señor, pensó, cuántos disgustos é inquietudes me ocasionará en lo sucesivo! Todos los pícaros del país van á correr en pos de ella. ¡Cuántas personas se han admirado en Pau, en Argelez y en Pierrefitte, y aun aquí mismo en Aigues-Vives!.. ¡Afortunadamente, todo concluyó por algunos días, pues en Gargos no habrá admiradores!

Pero el sacerdote creyó oír rumor de pasos en la montaña, y al volver la cabeza vió á Balaruc, el juez

de paz, que trepaba por la pendiente detrás de él. ¿Qué buscaba aquel hombre, que nada tenía que hacer allí? El tutor de Jacobita oprimió las mandíbulas como un dogo que se dispone á morder. Y detrás del juez de paz oyóse de nuevo ruido de pasos; el cura, volviendo otra vez la cabeza, reconoció al velocipedista, que se adelantaba, empujando su máquina por delante.

— ¡Ah!, exclamó el padre Bordes, ¿será cosa de que suban aquí todos?

Así era sin duda, pues detrás llegaba el coronel reumático, arrastrando su pierna, y á su vez vendría bien pronto el alcalde de Aigues-Vives y el secretario y el maestro y la gendarmería. Toda esta gente se lanzaba á la vez, siguiendo los pasos de la joven.

— ¡Ah, Señor, en qué siglo vivimos!, exclamó el sacerdote.

Y apresuró el paso, bufando como una locomotora, y tomó á través de los pinabets un sendero que

debían temer los pies elegantemente calzados de los notables del burgo.

— Veremos si el antiguo interno de los hospitales se arriesga por aquí con su bicicleta, murmuró el cura. ¡Ah, pillos, ellos tienen la culpa de que yo me destruya la sotana, y Poupotte me reñirá!.

Efectivamente, en aquel sendero espinoso hizo perder la pista muy pronto a los que le seguían; pero encontróse cara a cara con Laroque, un contrabandista de Gargos, más feo que hecho de encargo, y que sin embargo tuvo la audacia de mirar a la joven como si fuese un caballero de Pau.

— ¡Hola, señor cura! ¿De dónde ha sacado usted tan linda señorita?, preguntó con cierta familiaridad cuando la joven hubo tomado la delantera.

— ¿Eh, qué dices?, replicó el abate furioso. ¡Mejor fuera que siguieras tu camino, gran badulaque!.. Y a propósito, no te felicitaré por tu tabaco, y si es el mismo que vendes a los gendarmes me extraña que no te hayan puesto ya a buen recaudo. ¡Vamos, salud y divertirse mucho!

Y un poco aliviado por esta brusca contestación, el cura prosiguió su marcha.

Pero treinta pasos más allá encontró al carpintero Artiguenabe, que a su vez quedó como petrificado al ver a Jacobita; y después vió al cartero Cambielle, que al paso de la joven abrió los ojos como un perro angustiado; y luego al pillote Augusto, que hacía las veces de sacristán y que comenzó a arrastrar sus zapatillas con cierta vanidad para pasar delante de la señorita, y por último a Bertrán Cojola, un viejo de ciento tres años, encorvado como un arco, que se irguió con ademanes de mosquetero al aspirar el perfume de la hermosa niña.

— ¡Cómo..., hasta los centenarios también!, pensó el padre Bordes. ¡Ahora no falta más que el ciego de la carretera de España! ¡Ah, Señor, qué ovejas me habéis confiado!

Y reuniéndose con Jacobita se cogió de su brazo.

— ¡Apresurémonos!, dijo, rugiendo de cólera.

Al fin llegaron al pueblo, formado por dos hileras de casuchas a lo largo de un escabroso camino. Pero allí no encontraron más que a Silverio Montguillem, el joven montañés taciturno, guardián de Gargos, que apacentaba su mulo, ocupándose en construir rucas.

— ¡Ah! En cuanto a éste, pensó el cura, espero que permanecerá tranquilo, pues no suele entusiasmarse sino delante de los glaciares.

El montañés se mostró ciertamente respetuoso; mas al pasar Jacobita, abrió mucho sus grandes ojos limpidos, que revelaban la más completa admiración.

Entonces el sacerdote no se contuvo ya más; volvióse hacia el campesino, y al ver que no vigilaba a su cuadrúpedo con el debido celo, le apostrofó violentamente.

— ¡Eh, hijo de papuda!, gritó. Si en vez de estar ahí con la boca abierta como un imbécil mirases un poco el mulo, harías mucho mejor. ¿No ves que se come mi hierba, tunante?

— ¡Oh! Dispense usted, señor, contestó el campesino con acento humilde, corriendo hacia el cuadrúpedo.

Pero el cura estaba poseído de una cólera terrible.

— ¡Advierte, gritó, que si vuelvo a sorprenderte iremos juntos a ver al juez. ¿No te da vergüenza mirar a los cristianos de frente? Sin duda ignoras que antes de la revolución tus semejantes llevaban una campanilla al pescuezo para poder evitar los encuentros desde lejos.

Al oírse tratar así, el campesino se marchó sin replicar, haciendo andar su mulo delante.

El padre Bordes se calmó después de esta dura reprensión, y creyóse al fin libre de molestias, pues ya se acercaba al presbiterio.

— ¡Ya no encontraremos a nadie!, murmuró enjugándose la frente.

Y con la cabeza baja y los labios contraídos, comenzó a meditar dolorosamente.

— ¡Qué vida, Señor, qué vida con esa pequeña bajo mi protección! ¡Voy a perder la gana de comer y beber! ¡Y esto será cada vez peor, porque ahora no tiene más que diez y seis años, y la picaruela será cada día más hermosa! Será necesario vigilarla noche y día, y no podré separarme de ella ni un paso. ¡Qué cuidados, qué alarmas! ¡Más fácil sería guardar una manada de tigres en el desierto! ¡Dios mío, dadme fuerzas!

Y mirando a Jacobita de reojo, observaba sus facciones, sus hombros, su talle, y sentía redoblar sus inquietudes. Su responsabilidad le espantaba.

— ¡Señor, díjose, si fuera por mal camino!.. ¡La pupila del padre Bordes!.. ¡Qué escándalo!.. ¿Por qué no habré confiado la tutela a mi hermano Enrique?

El cura pensaba en los elegantes señores y en los toscos montañeses que había encontrado en el cami-

no, en el gerente del hotel de Inglaterra, en el coronel, en el velocipedista y en todos aquellos que habían zumbado codiciosos detrás de su ahijada, como las avispas alrededor de una fruta madura.

— ¿Y qué será en el mes de agosto, cuando los ociosos llenen el pueblo de Aigues-Vives?, preguntábase el sacerdote. ¡Cuántos zánganos tomarán el camino de Gargos! ¡Ah, no le faltarán visitantes a la *Cabellera de Magdalena*!

Pero al llegar ante la puerta del presbiterio, el padre Bordes se tranquilizó progresivamente; una vaga sonrisa iluminó muy pronto sus facciones; detúvose, reteniendo a Jacobita por la manga, y díjole en voz baja:

— ¿La oyes?

Percibíase un rumor profundo entre las rocas inmediatas.

— ¡La cascada!, exclamó la joven corriendo hacia el presbiterio.

Pero su padrino la llamó al punto.

— ¡Espérame!, Jacobita, díjole, quiero hacerte yo los honores!

Estaba celoso de su cascada, y no quería que otros la viesan antes que él.

— ¡Espérame!, repitió, buscando una llave en su bolsillo.

Y él mismo, impaciente, apresuró el paso, sin cuidarse de su abdomen, tan maltratado desde hacía un cuarto de hora.

— ¡Aquí es!, murmuró, y con su llave abrió una puertecilla que se veía en el muro, y entró en un jardín.

Entonces se vió la *Cabellera de Magdalena* en toda su magnificencia, y su propietario cruzó las manos sobre el vientre, estremeciéndose de placer.

— ¡Qué hermosa es, qué hermosa es!, murmuró con religioso recogimiento.

Con el estrépito del trueno, la cascada parecía romperse ante él sobre un montón de rocas derrumbadas; precipitábase como un torrente deslumbrador por una estrecha depresión del muro de granito, y del lugar donde caía elevábase una niebla continua, semejante a un polvo de plata.

En aquel tiempo del año, la *Cabellera de Magdalena*, como todas las demás cascadas, era más abundante y más fogosa; su lecho ordinario no le bastaba ya, y su exceso de agua desbordábase por el otro lado de la iglesia, formando otra cascada intermitente más pequeña, que debía secarse del todo a partir del mes de mayo.

— ¿No ves el arco iris?, preguntó el padre Bordes a su pupila.

Y en sus ojos brilló el entusiasmo que le producía el magnífico circo multicolor a través del cual deslizábase la cascada como una bailarina de circo al través del arco.

Jacobita admiró de todo corazón el arco iris, y las neblinas heladas que iban a extinguirse en el jardín desprendieron algunas gotas sobre el cabello de la joven.

El cura la miró, y entonces renacieron sus inquietudes.

«¡Qué linda es la picaruela!, volvió a repetir. ¡Ah, Señor, cuánto tendré que vigilar!»

Pero en el mismo instante el sacerdote se estremeció; a la vista de la cascada, una idea libertadora cruzó por su mente. ¡Qué inspiración tan feliz! ¡Adiós las alarmas, adiós los velocipedistas! ¡Para recobrar la paz de los pasados días bastaba casar a Jacobita!

— ¡Sí, eso es, eso es lo que se ha de hacer!, se dijo. ¡Veamos si ella piensa ya en esto!

Y cogiendo del brazo a su sobrina, murmuró con la vista fija en el brillante arco iris:

— ¿Te gusta mi cascada, Jacobita?

— ¡Ya lo creo, padrino!

— ¡Ah, tienes muy buena razón para que te agrade, porque a ella deberás tu dote!

— ¿De veras? ¿Cómo dice usted eso! ¿Piensa usted acaso en casarme?

— ¿Por qué no? Ya eres una mocetona, y has cambiado mucho hace algún tiempo.

— ¿Cómo le parezco a usted?

— ¡Oh!.., a mí! Yo no soy muy competente..., pero si se ha de juzgar por lo que dicen mis compatriotas...

— ¿Y bien?

— ¡Pues digo! ¡Vaya unas miradas que te han echado todos! ¿No te han mortificado?

— ¿Por tan poca cosa me había de mortificar, padrino? ¡Ah! ¡Si usted hubiera visto en Pau cuando íbamos a paseo! ¡Aquello sí que era divertido!

— ¿Te parece a ti?

— ¡Ya lo creo! ¡Oh! Eso no tiene ninguna importancia. No se contesta nunca a las cartitas de amor. El cura se sobresaltó.

— ¡Cómo!, exclamó. ¿Has recibido ya billetes amorosos?

— ¿Cómo ya? ¿Olvida usted, pues, padrino, que tengo un certificado de haber concluido los estudios superiores? Hay niñas que reciben esos billetes antes de sufrir los primeros exámenes.

El sacerdote palideció, y con paso nervioso dió algunas vueltas de arriba abajo.

— ¡Es posible, murmuró, es posible!.. ¡Qué costumbres! ¡Ah, Señor, adónde vamos a parar!

Y el padre Bordes se volvió bruscamente hacia la joven, que estaba como aturdida por aquella brusca exclamación. A decir verdad, Jacobita era bien inocente, pues habría sido más discreta en el caso de haber obrado con malicia. Su tutor lo comprendió muy pronto; pero si no debían acosarle remordimientos por el pasado, en cambio el porvenir le inquietaba más que nunca.

— ¡Es preciso casarla desde luego!, se volvió a decir.

Y mirando fijamente a la joven, añadió:

— Deseo que seas franca y que me lo confíes todo. ¿Hay entre tus adoradores alguno que te haya causado impresión, alguno que te parezca guapo, a quien tú ames y que quisieras aceptar por esposo?

— ¡Nada de eso, padrino!

— ¡Qué lástima!.. ¡Vamos!.. ¿No conoces ningún pretendiente?

— Ninguno. ¿Y usted?

— Yo tampoco..., pero voy a buscarle. ¡Ah, diantre, si yo hubiese sabido!..

Y apoyando la barba en su mano, el padre Bordes pareció reflexionar.

La joven soltó una carcajada.

— ¿Necesita usted el *Indicador*, tío? preguntó.

Pero emudeció de pronto, al notar que un hombre se había detenido en el camino; y el sacerdote, volviendo la cabeza, vió un campesino que llevaba botas altas y cinturón rojo, al estilo del Bearne, reconociendo al punto en aquel individuo a uno de los notables del país, el brujo Roumigas, adjunto del alcalde de Aigues-Vives, un buen hombre que ganaba siete u ocho mil pesetas al año haciendo conjuros para sus compatriotas.

— ¿Conque ya le tenemos otra vez a usted en Gargos, señor cura?, preguntó, al estilo de la gente del país, que interroga siempre a las personas antes de saludarlas.

— ¡Así es, ya lo ve usted!

— ¡Vamos, tanto mejor! ¡Tenga usted muy buenos días!

— ¡Dios le acompañe, Sr. Roumigas!

Mas el brujo no parecía dispuesto a marcharse tan pronto, y plantado delante de la puerta, miraba a Jacobita con sus malignos ojos de truhán, que acostumbrados al negro comercio con los diablos, debían ver una agradable compensación ante aquella hermosa joven.

— Señor cura, dijo Roumigas, ¿será por ventura la señorita Jacobina Marcadieu la que está junto a usted?

— La misma, caballero, para servir a usted, contestó la joven saludando.

Al oír esto, el brujo no vaciló más, y quitándose su boina, entró en el jardín.

— ¡Tú también, canalla!, murmuró el cura.

Pero se alegró mucho al ver que su sobrina tomaba la dirección del presbiterio.

— ¿Desea usted ver mi cascada, Sr. Roumigas?, preguntó el sacerdote. Estos días está muy hermosa. ¡Observe usted ese arco iris!

Mas el interpelado, poniéndose otra vez la boina, limitóse a exclamar:

— ¡Diantre, qué frío hace aquí!

Y sin transición aparente, preguntó:

— ¿No conocería usted ninguna joven casadera, señor cura?

El tutor de Jacobita se volvió vivamente.

— ¿Para quién, Sr. Roumigas?

— Para un buen mozo de veinticinco años, doctor en Derecho, que tendrá ochenta ó cien mil pesetas después de la muerte de su padre.

— ¡Es demasiado!, balbuceó el sacerdote. No conozco ninguna.

Roumigas sonrió con aire protector.

— ¡Bah!, repuso. Mi hijo no busca una mujer millonaria; bástale que sea linda, bien educada, que tenga un apellido honrado, y que posea algún día veinticinco ó treinta mil pesetas...

Al oír esto el sacerdote se turbó, sintiendo que su corazón latía aceleradamente.

— ¿Será en realidad hechicero este hombre?, se preguntó ruborizándose.

Roumigas, reconociendo que sus palabras habían producido algún efecto, continuó con más aplomo:

— ¿No se acuerda usted de mi hijo Gastón? Ahora es todo un hombre, y se dice que es un gallardo mozo. Yo creo que haría feliz a su mujer. Muy pronto

le veré en Tolosa. ¿Sabe usted que está inscrito en el colegio de abogados de aquella ciudad? Le hablaré de usted y de su ahijada, con quien Gastón jugaba cuando los dos eran niños... Y ahora, que usted lo pase bien, señor cura; sírvase usted ofrecer mis cumplidos á su pupila, con quien creo tener algún parentesco, pues su abuelo, Marcadieu, era primo del mío. ¡Vamos, hasta muy pronto! Si tiene usted que hacer alguna compra en Tolosa, piense en mí, pues me marchó en el tren de las cuatro.

El brujo se alejó; mientras el cura permaneció inmóvil como trastornado.

— ¡Su hijo!.. ¡Me ofrece su hijo para mi sobrina!, murmuró. ¡Qué ganga!.. ¡Pero veamos, y no nos embrollemos! ¿Habré comprendido yo mal? ¡No, pues acaba de hacerme su proposición en regla! ¿Será un enviado del cielo ese familiar de Satanás? ¡Ya lo creo que le daré mi ahijada! ¡Es un partido excelente ese Sr. Gastón con sus cien mil pesetas, pues el mozo podría pretender algo mucho mejor!.. ¡Bah! La niña es hermosa, y hay una compensación.

Alegre y contento dirigióse al presbiterio, estrechándose de placer, y hubiera querido cantar un *Magnificat*. El tal Roumigás acababa de aliviarle de un gran peso. ¿Por qué diantres obraba así? Sus razones debía tener aquel marrullero; pero el cura, dejándose de reflexiones, pensó ante todo en los suyos. Al casar á Jacobita, la emancipaba; y tanto peor para el marido si no sabía alejar á los galanteadores. En cuanto á él, anciano tutor, nada tenía que ver con esto, y sin alarmas ni inquietudes podría volver á torrear sus hueveras...

¡Ah, qué buen hombre era el brujo!

El padre Bordes sonrió de placer, y abriendo su tabaquera incrustada de nácar, tomó con delicia un polvo de rapé de Laroque.

Después pasó á su casa, empujó la puerta de su salón y entró en él tan alegre como el prisionero que se escapa. Pero detúvose de pronto para reflexionar mejor.

— ¿Cómo es ese Gastón?, preguntóse. Yo no lo recuerdo. ¡Bah! Es abogado, vive en Tolosa, y debe tener buenas cualidades. Jacobita enloquecerá por él desde luego... Por lo demás, voy á informarme; practicaré una ligera información sobre el terreno.

Y consultando su reloj, se dijo:

— Las once y diez... ¿Si yo siguiera á Roumigás? ¿Si yo fuese inmediatamente á ver á ese Gastón?.. ¿Por qué no? Aún tengo tiempo, y es necesario batir el hierro mientras está caliente. ¡De aquí á tres meses casaré á Jacobita!.. ¡Vamos allá!

El cura se dirigió á la cocina.

— Buenos días, Poupotte, dijo. ¿Cómo va? Hazme el favor de correr á casa del Sr. Roumigás, pues aún le encontrarás en el camiño. Dile que le acompañe á Tolosa, y que tenga la bondad de venir á buscarme de paso.

— ¡Santos ángeles!, exclamó la anciana cocinera. ¿Vuelve usted á marchar á Tolosa?

— Sí, Poupotte; prepara la maleta después de almorzar, poniendo en ella mi sotana nueva, mis zapatos de charol, y ropa blanca para dos días. ¡Vamos, despacha pronto!

Poupotte no tuvo más remedio que obedecer; fué á casa del brujo, que vivía al fin del pueblo de Gargos; volvió al presbiterio, y sirvió un abundante almuerzo, al que hicieron los honores el sacerdote y su pupila.

Después, mientras que la criada empaquetaba la ropa de su amo en una vieja maleta de cuero, el tutor hizo entrar á Jacobita en un aposento inmediato, que era el taller.

El padre Bordes tenía las mejillas coloradas, y en sus pupilas rebosaba la alegría; dió vuelta á una llave de fuente, el agua corrió, unas ruedas se pusieron en movimiento, y el torno comenzó á crujir.

Cuando la joven se hubo iniciado en el mecanismo, su padrino le dijo:

— Escucha: yo me marchó, y estaré ausente dos ó tres días. Sé muy juiciosa; y si te aburres, entretente en hacer funcionar el torno; pero sobre todo, no pongas los pies en Aigues-Vives. Es preciso que me lo jures así. Prométeme permanecer tranquila en el presbiterio y no bajar al pueblo. Si necesitas tomar el aire, podrás correr un rato por la montaña de Gargos, sobre el pueblo, pues por esta parte no encontrarás á nadie; pero te suplico que no vayas por los caminos de velocípedos. ¡Huye de Laroque el contrabandista; evita también á Cazaubon, el gerente del hotel de Inglaterra; y si Balaruc, el juez de paz, se acercase demasiado...

— ¡Espere usted, padrino!, interrumpió Jacobita, espere usted un minuto para que apunte todo eso en mi agenda.

Y sacó un *carpet* de su bolsillo, abrióle, cogió el lápiz y dispúsose á escribir:

— Cazaubon.. Laroque... ¿Y quién más?

— Balaruc.

— ¿Con dos eles?

El cura no pudo conservar su seriedad.

— ¡Niña, exclamó, tú te chancas, y esto no está bien!.. ¡Huye de todas esas personas, porque son peligrosas; evítalas como si fueran la peste!.. Y á tu vez, si Dios nos ayuda, tendrás la recompensa.

— ¿Un polichinela? ¿Un marido de tres al cuarto?

— ¿Por qué no?

— ¿Es verdad eso? ¿Va usted á buscarme marido en Tolosa?

— Te confieso que no me lleva allí ningún otro asunto.

— ¡Dios mío, qué divertido es eso!.. Sepa usted que yo lo quiero rubio, alto, con grandes bigotes..

— Ten formalidad, Jacobita, y ruega al cielo que tenga buen éxito mi delicada misión. Mañana comienza el mes de María; aquí tienes la llave de la iglesia, y todas las noches, mientras Poupotte toque el *Angelus*, tu podrás rezar un rosario delante del altar de la Virgen.

— ¿Para que mi futuro tenga bigotes? Está muy bien, rezaré á la Virgen, padrino... ¡Ah, buen picarón está usted! ¡Es preciso que yo le abrace!

Así diciendo, la joven rodeó con sus frescos brazos el cuello de su padrino, y este cerró los ojos piadosamente, como lo hacía en la meditación.

— ¡Picarilla! ¡No son tontos, á fe mía!, díjose para sus adentros al pensar en los individuos que habían franqueado la cuesta del Gargos.

Pero desechando muy pronto ideas tan profanas, prometió hacer acto de contrición en el tren, y terminó sus últimos preparativos. Y mientras cambiaba de sotana, dirigióse de pronto hacia su sobrina.

— ¡Ah!, exclamó, se me olvidaba. Para distraerte puedes vigilar al mulo que paca allá abajo.

— ¿Qué mulo?

— El de Silverio Montguillem, ya sabes, aquel muchacho que encontramos junto á la iglesia.

— ¡Ah, sí, el fabricante de ruelas!

— ¡Eso es! Montguillem deja á su cuadrúpedo estropear nuestras tierras. ¿Ves esa barrera de pizarras? Es el límite; lo de más acá nos pertenece, y lo de más allá es suyo. Si el cuadrúpedo pasa de aquel poste, manda á Poupotte que lo coja para que lo conduzcan al corral. ¡Así aprenderá! ¿Estamos entendidos?

— Sí, padrino.

— Muy bien. Son las dos y cuarenta minutos, y Roumigás ya está aquí. ¡Ten juicio, y no olvides mis recomendaciones!

Así diciendo, el cura abrazó á la joven, reunióse con el brujo en el camino, y los dos bajaron hacia el valle.

— ¡No olvides mis recomendaciones!, repitió el sacerdote desde el fondo del valle, antes de volverse hacia Aigues-Vives.

— ¡Pierda usted cuidado, padrino!

Y Jacobita le envió un gracioso saludo, enseñándole la agenda que tenía cogida con su mano derecha.

II

Cuando Jacobita Marcadieu estuvo sola se aburría muchísimo. Después de abrir su maleta, alió sus vestidos en un aposento del piso bajo, despojóse de su ropa de viaje, se puso un traje de entretiempo y cogió un libro.

Pero el cura no había dejado sobre su mesa más que novelas de la *Biblioteca Rosa*, y á Jacobita le parecieron muy poco interesantes para una joven que tenía un título superior.

Entonces entró en el taller de su tío, é hizo funcionar el torno; mas no sintió entusiasmo alguno por este trabajo y no tardó en dejarlo todo como estaba.

— ¡Qué aburrido es esto!, se dijo, pasando al jardín. Allí el espectáculo de las montañas le interesó mucho. ¡Cuántas había, santo Dios, y qué raras eran! Jacobita llamó á Poupotte.

— Quisiera conocer el nombre de ese pico, díjole, aquel que está á la derecha, aquel pico blanco. ¿No le ve usted?

La cocinera miró hacia el punto señalado.

— ¡Oh! Yo no lo sé, contestó Poupotte.

— ¡Cómo!, exclamó Jacobita. ¿Es posible que al cabo de veinte años que está usted aquí no se haya preguntado nunca el nombre de esa montaña?

— ¡Pues no! ¡Qué me importa á mí saberlo! He oído decir que había un pico de Montmirailh en alguna parte; pero ignoro dónde se halla.

— ¿Y aquel de la izquierda, con tantos campos y praderas?

— ¡Ah! En cuanto á ese ya le conozco, pues tengo un tío que vive allí y que se llama Carlos Vergez.

A esto se reducían todos los conocimientos geográficos de Poupotte.

— ¿Pues cómo mataré el tiempo?, se preguntó Jacobita.

La iglesia ruinoso de Gargos estaba allí cerca.

— ¡Ah!, exclamó la joven. ¡Voy á rezar á la Santa Virgen para que el marido que mi tío traerá tenga buenas condiciones.

Y cogió la llave; más al ver una gran brecha en una capilla lateral, parecióle más sencillo entrar por allí. Esto fué bastante fácil, y después de dar dos ó tres saltos entre los escambros, penetró en el sagrado recinto, donde vió una cabra que debió haber pasado por la misma abertura, dirigiéndose hacia el confesionario, donde la hierba crecía más espesa.

Jacobita se arrodilló ante el altar de María y rezó el rosario, pensando en un oficial inglés que había visto tiempo atrás en Pau; aquel hombre era alto y rubio, y llevaba bigote. A las señoritas del convento les había parecido muy guapo.

— ¡Virgen mía!, murmuraba Jacobita después de cada decena, un marido como ese es el que os suplico que me deis.

Después de rezar durante tres cuartos de hora, Jacobita se levantó.

— ¡Ya basta!, díjose. Si continuase demasiado tiempo, tal vez mi futuro tendría siete pies de estatura.

Y se marchó por el camino de la cabra.

— ¿Qué hacer ahora?, preguntóse bostezando. Si tuviese aquí alguien á quien hacer rabiar...

De repente dejó escapar un ligero grito.

— ¡Ah!, murmuró. He ahí el cuadrúpedo del vecino, que vuelve á pastar. Esto me producirá algunas emociones.

Jacobita se ocultó detrás de una glorieta de boj, y siguiendo las recomendaciones de su padrino, vigiló pacientemente al mulo.

El montañés á quien llamaban Silverio Montguillem se sentó junto á su cuadrúpedo; era un mancebo de diez y ocho á veinte años, de escasa estatura, moreno é imberbe. Llevaba boina de lana roja, y vestía como los pastores del país, es decir, un ancho capote con capucha, semejante al hábito del monje. En aquel momento tenía la cabeza descubierta, y el montañés dejaba ver su rostro juvenil, de expresión triste y pálido, como el de un convaleciente. Inclínada la cabeza, ocupábase en hacer ruelas de caña. Después de formar con tallos flexibles la parte superior, destinada á recibir el lino, engalanaba el mango con variados adornos, cruces, triángulos, círculos y espirales, todo lo cual esculpía con pequeños hierros, estampando después su firma «Silverio Montguillem» en el sitio más conveniente, lo cual daba á cada ruela el valor de quince céntimos.

Durante el verano, el montañés desempeñaba un oficio más lucrativo: era guía; y entonces *Morrudo*, así se llamaba el mulo que pacía á su lado, llevaba por espacio de tres meses á los viajeros de Aigues-Vives á las montañas de la región de fácil acceso. Por lo demás, aunque Montguillem arrastrase un poco la pierna izquierda á consecuencia de haber caído en un barranco, gozaba de gran reputación como guía para escalar cimas de los montes, siéndole conocidos todos los picos de la cordillera central, desde Balaitous hasta Nethou, pasando por el Vignemale y el Monte Perdido; y por esto el padre Bordes le llamaba irónicamente «el Sr. Pireneófilo», cuando no le decía papudo. Este último dicitivo es la injuria más sangrienta que se pueda dirigir á un habitante del Pirineo, y el montañés debía sufrirla á causa de su difunta madre, que había estado aquejada de papera en el cuello, como los descendientes de las razas malditas.

Acostumbrado desde muy pronto á los sarcasmos de los mozos del pueblo y á los desdenes de las jóvenes, Silverio se había convertido en un montañés salvaje, cuya boca no solía sonreír, y cuyos ojos de color azul opaco tenían la expresión humilde del pobre y la melancolía de los que se resignan con su suerte. Por doscientas pesetas había comprado al padre Bordes un espacio de terreno en la montaña, al Mediodía de la iglesia, en la extremidad de una pradera devastada por las avalanchas, y cien metros más arriba una pendiente de rocas sin valor, donde no crecía ni una sola brizna de hierba. En la pradera, bañada entonces por el exceso de agua de la *Cabellera de Magdalena*, había construido una cabaña con piedras, sobrepuestas sin nada de mortero; pero no habitaba en aquel sitio más de cuatro ó cinco meses, á causa de las avalanchas que le amenazaban después de cada deshielo. En el resto del año el montañés y su mulo permanecían arriba, en una vivienda especial para el hombre y su cuadrúpedo; era una cómoda y espaciosa gruta, donde solamente los osos se habrían albergado acaso alguna vez.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LOS GRANDES TRANSPORTES POR CABLES
EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los transportes por cables aéreos en los Estados Unidos desempeñan un papel importante en la edificación y en la explotación de los productos del suelo procedentes de minas y canteras.

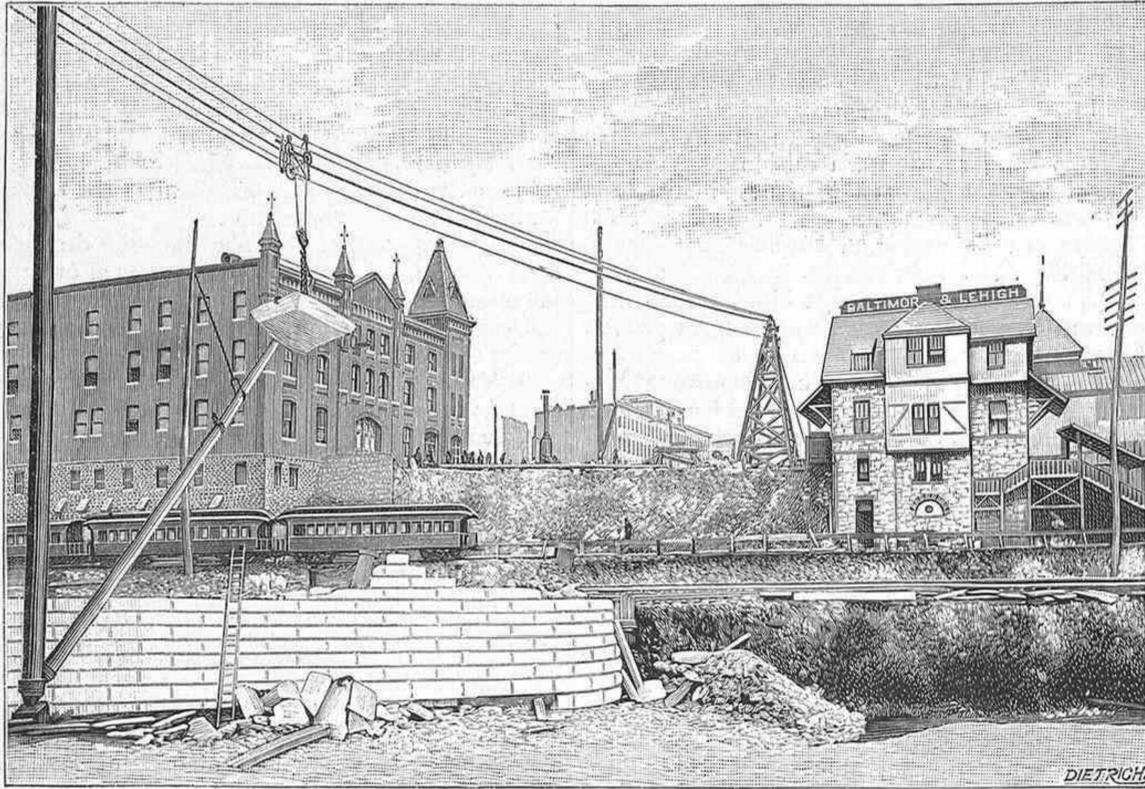


Fig. 1. - Construcción de un arco de piedra por medio de transporte aéreo por encima de dos vías férreas en Baltimore

En la edificación, los materiales son transportados por encima de todos los obstáculos sin interrumpir la circulación: es una especie de conquista del aire que, como veremos por algunos ejemplos típicos, presenta curiosos episodios.

En las canteras, por ejemplo, no es cosa rara ver bloques de 120 metros cúbicos, arrancados por medio de las perforadoras y de los explosivos, ser levantados a 30 metros de altura y transportados a 100 metros en las carretillas de los transportadores aéreos.

La hulla, el mineral, las escorias, todo, en fin, circula por el espacio con una rapidez y una economía de mano de obra sorprendentes.

Cierto que la instalación de estos aparatos es costosa; pero hacen tan buena y rápida faena, que su resultado final es altamente provechoso.

Vamos a dar algunos ejemplos del modo de funcionar de estos aparatos, que tomamos de una interesante comunicación presentada por M. Spéncer Miller a la *American Society of civil Engineers*.

Digamos, ante todo, que el origen de estos aparatos, ó mejor dicho, de su empleo en los Estados Unidos, se remonta a 1860, fecha en que C. Schuman los utilizó para la explotación de las canteras de Pennsylvania y de Vermont.

Consisten en un gran cable aéreo, por el cual circula una carretilla para llevar la carga por medio de un sistema de poleas; esta carga puede simplemente ir suspendida de las poleas del aparato ó dentro de la carretilla, que luego se vuelca en el sitio escogido para formar terraplén con sólo tirar de una cuerda (figura 2). Una serie de aparatos de este género instalados paralelamente unos a otros permiten llenar ó practicar una excavación y cerrar un valle con maravillosa rapidez.

En Point-Pleasant tratábase de construir una esclusa sin interrumpir la circulación fluvial y sin estorbar el paso por las orillas (fig. 4), y los americanos han establecido para ello al través del río un transportador gigantesco de 459 metros de longitud entre sus sostenes. El cable, de 63 milímetros de diámetro, está sostenido en cada orilla por una torre de 30 metros de altura y puede soportar cargas de 4.000 kilogramos de materiales. Un detalle típico y muy americano: una porción de obreros empleados en los trabajos de la esclusa habitan en la orilla opuesta a la en que se ejecutan los trabajos; pues bien, la compañía encargada de la empresa los transporta por la mañana y por la tarde en sus carretillas por encima del río, sin que hasta ahora haya ocurrido ningún accidente, y se trata de que, una vez terminados los

trabajos, que durarán unos cinco años, subsista el transportador a modo de paso aéreo hasta que la afluencia de población en ambas orillas permita la construcción de un puente. Tal vez se fundará allí una de esas ciudades, tan comunes en los Estados Unidos, que nacen y se desarrollan construídas de madera, se incendian por completo una ó dos veces, renacen de sus cenizas, edificándose entonces de ladrillo ó de piedra, y luego desaparecen si la actividad y la lucha por la existencia han llevado a sus funda-

en su sitio, sin necesidad de transbordo, gracias a lo cual en diez y seis días se colocaron 1.100 metros cúbicos de mampostería.

La estación de Baltimore nos ofrece otro ejemplo interesante (fig. 1). Se trataba de construir un gran arco de piedra para sostener un puente destinado a asegurar la circulación por encima de dos líneas de ferrocarril de mucho movimiento. Los Sres. Ryan y Mac Donald, encargados del trabajo, instalaron un cable transportador de una longitud de 244 metros, a lo largo del cual corrieron y descendieron matemáticamente a su sitio las piedras de las bases y las dovelas. Mientras duraron los trabajos, los trenes del ferrocarril continuaron circulando por las vías; y aunque las piedras de gran tamaño estaban de continuo suspendidas sobre los vagones, no ocurrió el más pequeño accidente.

Es indudable que el empleo de estos transportadores, procediendo con inteligencia, simplifica notablemente la instalación de obradores de cantería y facilita maniobras muy pesadas, especialmente las de levantar grandes pesos: los americanos sacan gran partido de aquellos aparatos.

No creemos necesario llamar la atención de los ingenieros y contratistas de obras sobre estos trans-

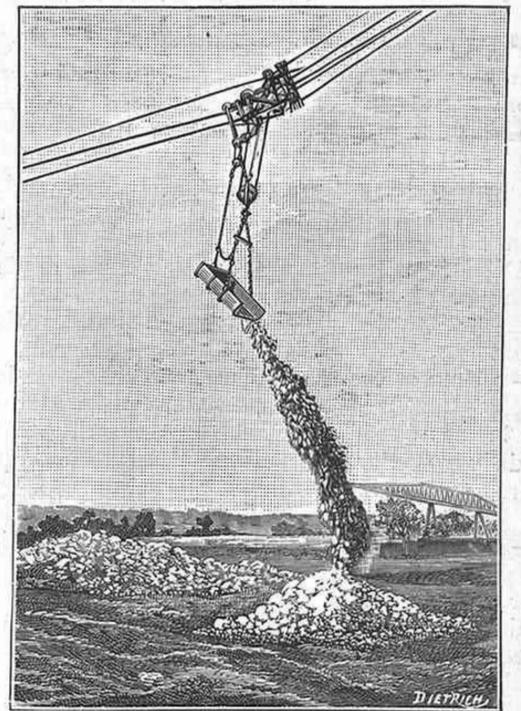


Fig. 2. - Construcción de un terraplén por medio de un transportador aéreo. Detalle de la carretilla

portadores cuyas ventajas saltan a la vista. En la construcción de pilas de puentes en río, el transportador hace inútiles los andamiajes, y no hay que decir cuán ventajoso resulta esto para la navegación mientras duran los trabajos.

M. DE NANSOUTY

(De *La Nature*.)

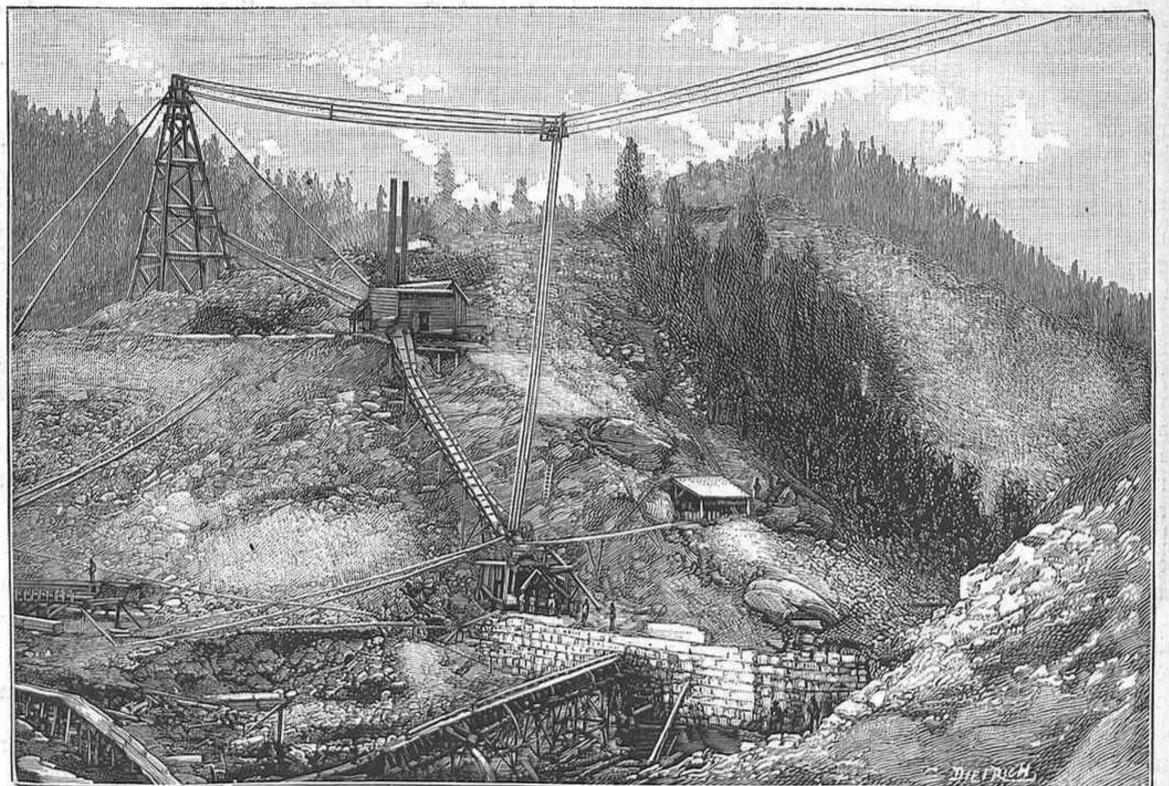


Fig. 3. - Construcción del dique del arroyo Basin, cerca de Butte (Montana)

ALUMBRADO ELÉCTRICO EN LOS TRENES AMERICANOS

Entre los muchos procedimientos ensayados para asegurar de una manera práctica el alumbrado eléctrico de los trenes, merece ser mencionado el que recientemente ha puesto en uso la compañía *Biddle Railway Car Electric Lighting* de Nueva York. Consiste en emplear una dinamo situada en el truck del vagón y puesta directamente en acción por las ruedas de éste.

Dicha dinamo es *compound*, de enrollamiento diferencial para compensar las

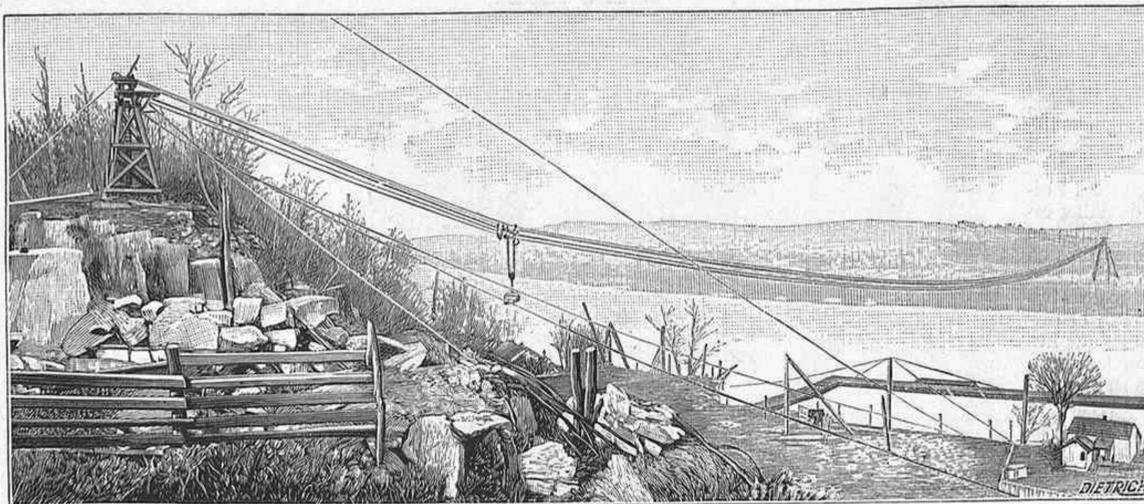


Fig. 4. - El transportador aéreo construyendo la esclusa de Point-Pleasant

variaciones de velocidad angular: la energía eléctrica es conducida por medio de cables, desde la máquina generatriz á un armario en donde hay todos los aparatos reguladores y de allí á las lámparas puestas en el techo del vagón. Durante las paradas se utiliza una batería de acumuladores que pueden asegurar el alumbrado por espacio de cuatro horas. Cada vagón ordinario está iluminado por 18 lámparas de 16 bujías de 24 volts.

Según el *Electrical Engineer*, este nuevo sistema ha dado muy buenos resultados.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en la ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL APIOL
DE LOS DOCTORES
JORET Y HOMOLLE
PARIS.
REGULARIZA LAS EPOCAS.
IMPIDE LOS DOLORES, RETRASOS, SUPRESIONES, etc.
Dosis: una o dos capsulas mañana y tarde.
FRASCO 4150.-TODAS FARMACIAS.
PARA EVITAR LA FALTA DE ÉXITO, EXIGIR EL APIOL DE LOS DOCTORES JORET Y HOMOLLE.
MEDALLA de ORO, Exposición de ANVERS 1894.

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al **Vino de Quina de Aroud**.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma AROUD

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D.º FRANCK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestionen, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.
En todas las Farmacias de España.

MAREO PELAGINA
RESULTA DOS COMPLETOS en el mayor número; ALIVIO SEGURO en los otros.
IMPORTA SABER COMO EMPLEARLO No Francis, frascos 5.3 y 1 fr. 50
E. FOURNIER Farm., 114, Rue de Provence, PARIS.
y en las principales Poblaciones marítimas.
MADRID: Melchor GARCIA, y todas Farmacias.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
DE VIVAS PEREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina.
Recomendados por la Real Academia de Medicina.

GRAJEAS DEMAZIÈRE
CÁSCARA SAGRADA IODURO de HIERRO y CÁSCARA
Dosis: 0gr. 125 de Polvo. Verdadero específico del ESTREÑIMIENTO.
El mas ACTIVO de los FERRUGINOSOS. No produce estreñimiento.
PARIS, G. DEMAZIÈRE, 71, Aven. de Villiers. - Muestras gratis á los Médicos. Depósito en todas las principales Farmacias.

CURAN inmediatamente como ningún otro remedio empleado hasta el día, toda clase de Indisposiciones del Tubo Digestivo, Vómitos, Diarreas de los Tisicos, de los Viejos, de los Niños, de las Embarazadas y de los Niños, y del público tanto favor por sus buenos y brillantes resultados, que son la admiración de los enfermos.
DE VENTA EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS DEL MUNDO.
España, Almería, Laboratorio Vivas Pérez, de donde se envían muestras á quien las pida.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA - PREMIO DEL INSTITUTO AL D.º CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1867 1872 1873 1875 1878
SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Pildoras y Jarabe de BLANCARD
Solucion **BLANCARD** y Comprimidos de Exalgina
Con Ioduro de Hierro inalterable.
ANEMIA COLORES PALIDOS RAQUITISMOS ESCRÓFULOS TUMORES BLANCOS, etc., etc.
JAQUECAS, COREA, REUMATISMOS DOLORES DENTARIOS, MUSCULARES, UTERINOS, NEURALGICOS.
El mas activo, el mas inofensivo y el mas poderoso medicamento. CONTRA EL DOLOR
Exigase la Firma y el Sello de Garantia. - Venta al por mayor: Paris, 40, r. Bonaparte.

VELOUTINE FAY POLVO DE ARROZ EXTRA preparado con bismuto por **Ch. Fay**, perfumista 9, Rue de la Paix, PARIS
El mejor y mas célebre polvo de tocador

EL COMPOSITOR JULIO MASSENET

Con motivo del reciente estreno en nuestro teatro del Liceo de la ópera *Manón Lescaut*, que con tanto aplauso ha recibido el público barcelonés, creemos oportuno publicar el retrato y algunos datos biográficos de su autor, el celebrado compositor francés Julio Emilio Federico Massenet.

Nació éste en Montaud, departamento del Loire, en 1 de mayo de 1842; y después de haber estudiado los primeros elementos de música en su villa natal, fué admitido a la edad de diez años en el Conservatorio de París, en donde tuvo por maestros a Laurent, Reber, Savard y Ambrosio Thomas. Después de haber obtenido en 1859 el primer premio de piano, cierto contratiempo que hubo de ocurrirle con el profesor de armonía Bazin, le hizo interrumpir durante unos años su carrera, que reanudó más tarde, obteniendo en 1863 el primer premio de la clase de fuga y el gran premio de Roma por su cantata *David Rizzio*.

A su regreso de Italia visitó Alemania y Hungría; y á poco de estar de vuelta en París, hizo interpretar su *Pompeya*, primera composición de importancia que por su grandiosidad y sorprendente belleza causó la admiración aun de los que más esperanzas tenían fundadas en el talento del joven compositor.

Sucesivamente fué estrenando: *La Grande Tante* (1868), ópera cómica en un acto; *Poema de abril* (1868), *Serie para orquesta* (1868), *Poema de recuerdo* (1869), *Escenas húngaras* (1871), *Escenas pintorescas* (1872), *Don César de Bazán*, ópera en tres actos (1873); *Introducción, coros é intermedios* para la tragedia antigua *Las Erinnyas*, de Leconte de Lisle (1873); *Maria Magdalena*, drama sacro en tres actos (1873); *Eva*, misterio en tres partes (1875); *El rey de Lahore*, ópera en cinco actos (1877); *La Virgen*, oratorio (1880); *Herodiada*, ópera en tres actos que se estrenó en Bruselas y se cantó luego en París en 1884; *Manón Lescaut*, ópera en cinco actos (1884); varias piezas musicales para el drama de Sardou *Teodora* (1884); *El Cid*, ópera en cuatro actos (1885); *Esclarmonde*, ópera romántica en cuatro actos (1889); *El mago*, ópera en cinco actos (1891); *Werther*, ópera en tres actos (1893), y últimamente *La navarra*, ópera estrenada en Londres en el año próximo pasado.



El eminente compositor Julio Massenet, autor de la ópera *Manón Lescaut*, recientemente estrenada en el teatro del Liceo de Barcelona

Por esta lista, á la que hay que agregar infinidad de piezas aisladas para canto, piano ú orquesta, puede comprenderse la fecundidad asombrosa de Massenet, que ha producido obras de todos géneros, desde el más sencillo idilio al más elevado drama musical.

Durante la primera parte de su vida artística sintió grandes entusiasmos por la música wagneriana, cuyo estilo procuró imitar; más tarde inclinóse á la escuela romántica, que había entrado ya en Francia en el período de la decadencia; pero los ensayos que en uno y otro sentido hizo no fueron definitivos, y sólo le sirvieron para hacerse con un caudal de conocimientos técnicos que ha sabido utilizar con gran provecho desde el día en que entró resueltamente por la senda de originalidad que ha recorrido y sigue recorriendo entre ovaciones cada vez más entusiastas y más legítimas.

Massenet, como ha dicho muy acertadamente un notable crítico italiano, es el más elegante colorista de las figuras graciosas, un mago genial evocador de fantasmas que surgen de deslumbradoras nimiedades y que fascinan en la exterioridad de una belleza perfecta. Hablan á los ojos, á la imaginación; pero por punto general no hacen palpar nuestros corazones, y aun en los asuntos más dramáticos evita cuidadosa y habilísimamente tratar del desenvolvimiento de las pasiones para trazar bellísimos cuadros, por decirlo así, de género, cuyas dulces notas embelesan, lo cual no impide que en muchas ocasiones estalle en su música el sentimiento más apasionado y sean sus notas otras tantas palpitaciones de un corazón ardiente.

Un detalle para terminar estos ligeros apuntes. Bazin, proesor de la clase de composición á que asistía Massenet en el Conservatorio, talto de alcances para conocer lo que su joven alumno valía ó sobrado envidioso del talento de éste, prefijole que no sería nunca nada en el arte de componer, obligándole con ello, según antes hemos dicho, á suspender sus estudios con tanto entusiasmo comenzados.

¡Quién había de decirle al malaventurado profeta que el menospreciado discípulo le sustituiría en aquella misma cátedra y ocuparía el sitio que dejara él vacante, á su muerte, en la Academia de Bellas Artes!

Massenet ocupa estos elevados puestos desde el año 1878 y es oficial de la Legión de Honor desde 1887.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 CIGARROS
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PUREZA DEL CUIS
 — LAIT ANTEPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 para ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES
 y conserva el cutis limpio y terso
 PARIS

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El **JARABE DE BRIANT** recomendado desde su principio por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención **VERDADERO CONFITE PECTORAL**, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y Cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afeccion
 Espasmódica
 de las vías respiratorias.
 25 años de éxito. Méd. Oro y Plata.
 J. FERRÉ y C^{ia}, P^{os}, 102, R. Richelieu, Paris.

PAPEL WLINSI
 Soberano remedio para rápida cura-
 cion de las Afecciones del pecho,
 Catarros, Mal de garganta, Bron-
 quitis, Resfriados, Romadizos,
 de los Reumatismos, Dolores,
 Lumbagos, etc., 30 años del mejor
 éxito atestiguan la eficacia de este
 poderoso derivativo recomendado por
 los primeros médicos de Paris.
Depósito en todas las Farmacias
 PARIS, 81, Rue de Selne.

Las
 Personas que conocen las
PILDORAS del DR. DEHAUT
 DE PARIS
 no titubean en purgarse, cuando lo
 necesitan. No temen el asco ni el cau-
 sancio, porque, contra lo que sucede con
 los demas purgantes, este no obra bien
 sino cuando se toma con buenos alimentos
 y bebidas fortificantes, cual el vino, el café,
 el té. Cada cual escoge, para purgarse, la
 hora y la comida que mas le convienen,
 según sus ocupaciones. Como el causan-
 cio que la purga ocasiona queda com-
 pletamente anulado por el efecto de la
 buena alimentación empleada, uno
 se decide fácilmente á volver
 á empezar cuantas veces
 sea necesario.

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, á Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito
 El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris
Ergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

CARNE y QUINA
 El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA! son los elementos que entran en la composicion de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto su-
 zantemente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las *Calenturas*
 y *Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago* y los *intestinos*.
 Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas,
 enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provo-
 cadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.
 Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma de AROUD

Quedan reservados los derechos de propiedad artistica y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN